



ÉPOCA 3.<sup>a</sup> — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 40. — Madrid 5 de Agosto de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.  
Un año..... 60 "

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.  
Un año..... 4 "

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.  
Un año..... 21 "

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.  
Un año..... 6 "

SUMARIO

TEXTO. — *Cartas de verano*, por Nulema. — *Crónica*, por D. Damián Isern. — *La mujer de Navarra* (continuación), por D. Francisco Navarro Villoslada. — *El Estío* (continuación). — *La arquitectura en el templo católico*, por D. E. M. Repullés y Vargas. — *Julio*. — *La ilusión*, poesía, por D. Manuel Sánchez de Castro. — *Los grabados*. — *María de Goës* (continuación). — *Revista de conocimientos útiles*. — *Anuncios*.

GRABADOS. — *El Bósforo*. — *Los pájaros sedientos y los riegos del Estío*. — *Imagen de San Lorenzo en el coro del Escorial*.

CARTAS DE VERANO

SR. D. MODESTO RIERA:

**M**I QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO: Silbó la locomotora, crujieron sus miembros de acero, movidos por sus pulmones de fuego, y bufando como león aherrojado con larga y pesada cadena de hierro, salió el tren, que en pocas horas me ha separado de usted, mi amigo querido, trayéndome á este apacible rincón de España, donde pienso descansar algunos días de los afanes y trabajos de Madrid, y prepararme para más largo viaje, en que pueda explayar la cansada imaginación, torturada durante el invierno por los afa-

nes del periodismo, y por las exigencias y miserias de la vida de la Corte.

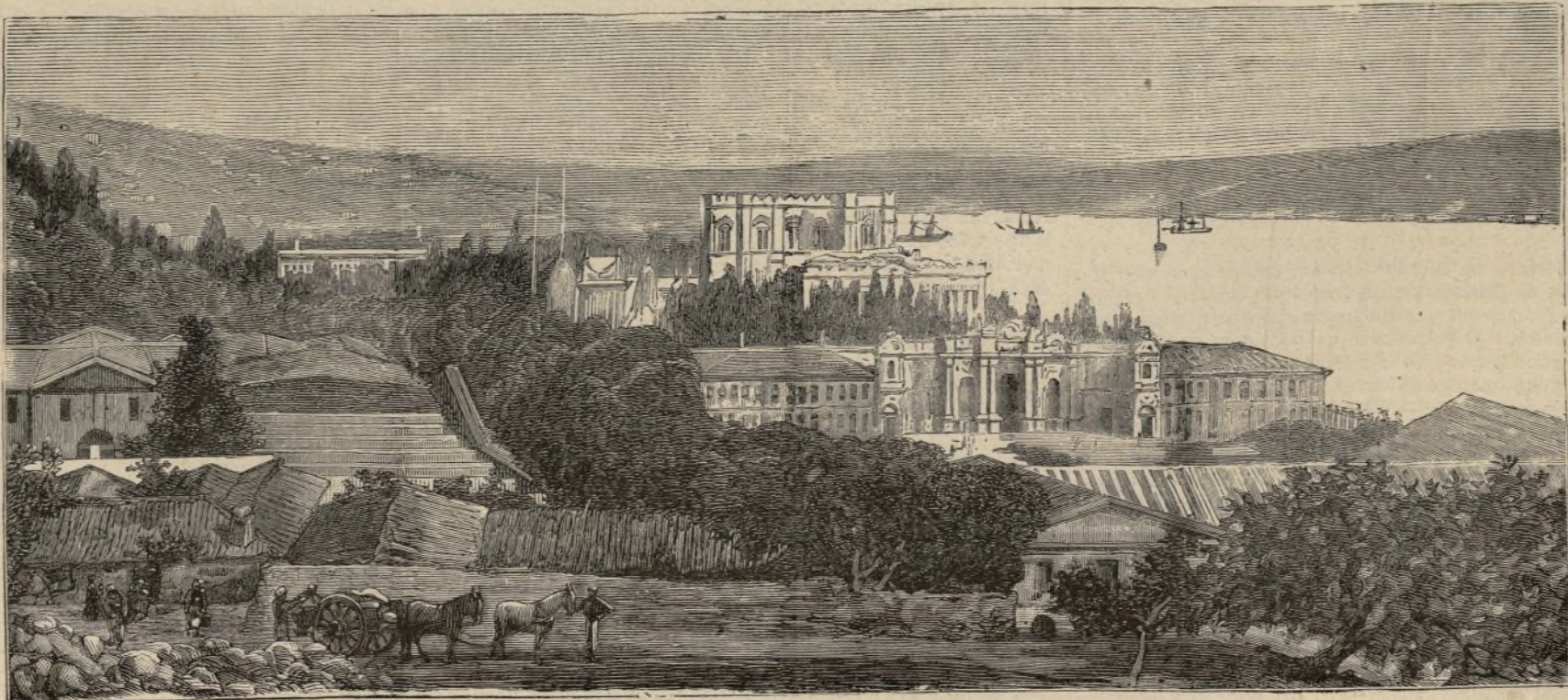
Y como há tiempo que no me pertenezco, que debo mis ideas, mis sentimientos y hasta mis más ligeras impresiones al querido público de nuestra ILUSTRACIÓN CATÓLICA, comienzo con esta carta una serie, en la cual iré reproduciendo mis notas de viaje y las meditaciones tranquilas de mi soledad en el tiempo en que descanse.

Comienzo por alabar la maravillosa invención de los ferrocarriles, que como medio de transporte no puede darse cosa mejor; pero cada día me persuado más de que la mayor parte de los inventos modernos, por lo mismo que valen tanto, los pagamos á muy alto precio, y que los ferrocarriles no son de los más baratos, sino que contribuyen eficazmente á empeorar las condiciones higiénicas de la sociedad humana, acabando para muchos el viaje de la vida. Yo he salido de Madrid con una temperatura de 36 grados, y á las cuatro horas de viaje entraba en un clima cuya temperatura era á la hora de mi llegada de 10 grados, y donde rara vez pasa en todo el verano de 25, bajando en ocasiones hasta muy cerca de cero. ¿Cómo es posible que nuestros cuerpos, harto más delicados, aunque de barro también, que una vasica de porcelana, no sufran alteraciones sensibles con estos cambios bruscos de temperaturas y de climas?

Por lo mismo que no soy médico y hablo sin autoridad científica, puedo aventurarme á consignar

aquí observaciones que parecen confirmar mis ideas. Las afecciones nerviosas, las enfermedades del corazón, y sobre todo los padecimientos del pecho, que hoy son tan numerosos y universales, ¿no hallarán, en la rapidez de los viajes, grandes motivos de desarrollo, minando el organismo y dando lugar á muchas otras complicaciones, inaccesibles tal vez á la influencia de la medicina? El tísico que sale de Andalucía en el rigor del verano, y en pocas horas se le trasporta al corazón de los Pirineos, donde acaso está nevando, ¿no ha de experimentar una revolución en sus pulmones que malogre la acción de las aguas medicinales?

Claro está que, aun confirmada la evidencia de estos inconvenientes, no por ellos se han de suprimir los ferrocarriles, ¡qué disparate! pero estos males que traen consigo las grandes invenciones de nuestro siglo, prueban, á mi ver, que la condición del hombre en este mundo adolecerá siempre de los inconvenientes y daños del pecado; y que así como la rosa, cuyos pétalos suaves, bellos y aromáticos nos encantan, tiene en su tallo espinas agudas y penetrantes que nos hieren sin compasión, así también las grandes conquistas de la industria y del progreso material, cuyas invenciones nos ofrecen mil comodidades y regalos, tienen fuertes y crueles espinas que nos recuerdan la ingénita imperfección de las obras humanas.



EL BÓSFORO.

Ayuntamiento de Madrid



En el coche en que yo venía se ha entablado discusión acerca de una cuestión palpitante para los viajeros: de la rebaja del 10 por 100 en el precio actual de los billetes. Las Cortes lo han decretado, pero se dice que las empresas pedirán ahora un plazo indefinido para plantear la reforma.

Si en España se hacen las leyes para violarlas las empresas, harán muy bien en cerrarse de banda a las disposiciones de las Cortes. Por lo mismo que ya he pagado mi billete con todos los antiguos recargos, puedo, sin que se achaque a interés personal, protestar contra este abuso que desacredita — si esto es posible — la autoridad de nuestros Gobiernos, y prueba la omnipotencia de las empresas de ferrocarriles, debida a la influencia política de sus Consejeros.

Suceden aquí singulares anomalías: antes de votarse a veces los presupuestos del Estado, se cobran las contribuciones al país, y después de votarse un beneficio como el de la rebaja de que hablamos, se sigue cobrando como antes; de manera que si se trata de cobrar, no importa que no esté decretado el impuesto; si, por el contrario, se trata de descontar, se prescinde de que se halle ya decretada la rebaja.

Esto no es lógico, esto es irracional; ¿qué importa? El hombre ha perdido, gracias al progreso moderno, su condición racional y casi divina, para quedar reducido a un simple instrumento de trabajo, a una vil materia de gradación, a piedra del filón de la vida, explotado por los mineros de la civilización.

Un viajero para las empresas de ferrocarriles es un contribuyente que paga su transporte, como una res ó como un fardo que paga también el derecho de ser trasladado de manos del remitente a manos del consignatario. Una empresa mercantil no admite otra filosofía ni otra literatura que el interés del capital y los guarismos de sus libros de caja.

Por eso las de los ferrocarriles, entregadas a su propio impulso, si no fuera por el temor a la competencia, acabarían por transportar a los viajeros en los trenes de mercancías; ya existen los trenes *mixtos*, que vale tanto como decir los trenes en que se transportan mezclados los hombres y los animales, los seres vivientes y los inanimados.

Las empresas no se fundan para servir al hombre, ni aun para servir al público, que es la frase admitida; se fundan para servir a los empresarios, para enriquecerlos y proporcionarles con las riquezas todas las comodidades de la vida. Estas relaciones utilitarias han rebajado el carácter del hombre, matando la caridad y sembrando en la sociedad cristiana, donde antes florecían las grandes virtudes, hijas del amor, los gérmenes de todos los vicios, fruto de la codicia, de la envidia y del odio.

¿Qué otro carácter tenían aquellas empresas de los siglos medios inspiradas en el amor de Jesucristo! Los Caballeros de Santiago se dedicaban a transportar los peregrinos que iban a visitar la basílica Compostelana, y aunque los medios de transporte no eran tan cómodos como los que hoy puede ofrecernos una empresa de ferrocarriles, obsérvese la diferencia: allí los empresarios, llamémoslos así, obraban milagros de caridad y de sacrificio, y arrostraban la muerte si era preciso por salvar a sus viajeros, mientras que aquí los empresarios obran única y exclusivamente por la vil granjería de la ganancia comercial.

Yo no exijo que las empresas modernas que se dedican a servicios públicos sean obra de la caridad como lo eran aquellas; pero a lo menos que no se materialice todo, reduciendo la sociedad cristiana a un mercado de negros.

\*\*\*

Refiere un escritor español nada sospechoso de falta de patriotismo, que, viniendo en cierta ocasión de Francia en una diligencia, pasó la frontera durmiendo, y al despertarse, como tratara de averiguar dónde estaba, sacó la cabeza por la ventanilla, y lo primero que oyó fué una blasfemia. Volviendo a su asiento exclamó: — «No hay duda, estamos en España.»

En efecto, aunque no es necesario viajar para oír aquí malas palabras, indudablemente en los viajes es donde los oídos cristianos y las personas decentes tienen que apurar hasta las heces el cáliz de tales amarguras, oyendo maldecir y blasfemar a diestro y siniestro, que no parece sino que viajamos como alma que lleva el diablo.

Los carreteros, apelando a disculpas más ó menos ingeniosas para explicar su costumbre de hablar mal, suelen decir que sólo a fuerza de maldiciones andan las mulas; pero al observar que la costumbre subsiste invariable, si no en aumento, en los viajes de ferrocarril, parece deducirse que no hay razón bas-

tante para atribuir el vicio a la endiablada condición de aquellos animales.

¿Cómo puede explicarse que un pueblo tan católico como el español sea el peor hablado y el más maldiciente de Europa? Semejante anomalía me la explico yo como reminiscencia de la influencia de los judíos y moriscos que por muchos siglos vivieron entre nosotros, y hasta he creído observar que la mayor parte de las palabras feas que se usan para tales cosas, revelan por su pronunciación gutural un origen árabe ó judaico.

Sea de esto lo que quiera, es evidente que la blasfemia constituye uno de los vicios que más afean nuestro hermoso lenguaje, y que a un mismo tiempo ofende los oídos del cristiano y los del caballero, caracteres ambos tan propios de nuestro pueblo.

Con estos antecedentes no es necesario añadir las alabanzas de que juzgamos acreedora la Asociación fundada en Barcelona contra la blasfemia, la cual se propone buscar por cuantos medios sea posible la cooperación de los jefes de talleres, fábricas, sociedades de recreo, etc., etc., para mitigar, si no se puede cortar de raíz, este vicio tan arraigado en nuestras costumbres.

Recordamos haber oído contar a un párroco, que habiendo sido destinado a cierto pueblo, cuyo alcalde era amigo suyo, tan pronto como llegó, valiéndose de la amistad, hizo que se publicase un bando imponiendo fuerte multa y arresto a los que públicamente blasfemasen. Paseando una tarde el cura y el alcalde, vieron a un labrador bregando con unas mulas, y al acercarse oyeron que maldecía y blasfemaba con un energúmeno. Montado en cólera el alcalde, se fué a él y comenzó a reprenderle con palabras tan feas y maldicientes que el cura, horrorizado del alcalde, hubo de llamarle al orden, mientras la celosa autoridad se disponía a llevar a la cárcel al labrador por haber infringido su bando.

La Asociación de Barcelona encontrará muchos jefes de talleres, de fábricas y aun de oficinas que, como el alcalde, serán los primeros en contravenir a sus propias órdenes.

\*\*\*

El estado de la cosecha de cereales es inmejorable. Los campos, más fértiles que el corazón de los hombres, han colmado este año los atrojes de nuestros graneros, y ya no faltará el pan este invierno a los pobres, alimentados, como las avejillas, por la misericordia del cielo.

¿Qué sería sin ella de nuestras pobres aldeas, agobiadas con el peso de los tributos, con el desamparo de los Gobiernos, con los frutos de la desamortización y con la miseria de los años malos? La población rural va decayendo visiblemente, porque el industrial se hace empleado, el labrador industrial, y el campo se queda huérfano, sin otra sombra que la de las aldeas arruinadas.

Y no es esto lo peor, sino que de enmedio de estas ruinas, a merced de este mismo desamparo, va surgiendo el monstruo del pauperismo, que fácilmente se transforma en socialismo, y las grandes ciudades, congestionadas con el exceso de población, lejos de mostrar alivio y desahogo en los campos, hallarán allí un nuevo elemento de antagonismo y de lucha, que preparará días muy amargos para la sociedad desquiciada.

Pero rechacemos estas lúgubres ideas en presencia de las eras cargadas de doradas mieses, de los campesinos alegres con el fruto de la cosecha, del cielo azul como la túnica de una Virgen, de las cristalinas aguas de los ríos y de los arroyos, que parecen simbolizar la misericordia de Dios, que lava los pecados de los hombres y fortifica los corazones más ávidos y corrompidos. Que como el dulce Arcadio, y aunque por sólo breves días,

Miré yo de una fuente  
Las menudas arenas  
Entre el puro cristal andar bullendo,  
O en la mansa corriente  
De las aguas serenas  
Los sauces retratarse, entre ellos viendo  
Mi ganado ir paciendo:  
Miré en el verde soto  
Las tiernas avejillas  
Volar en mil cuadrillas.  
Y gocen del tropel y el alboroto  
Otros de las ciudades,  
Cercados de sus daños y maldades.

\*\*\*

Una noticia para concluir. He tenido ocasión de hablar con personas muy autorizadas sobre las desgarradoras polémicas de los periódicos y revistas de Madrid, y he oído de sus labios palabras muy hala-

guías para LA ILUSTRACIÓN, cuya conducta es por aquí objeto de unánimes aplausos.

Que Dios tenga misericordia de nosotros, para que no traspasen los mismos hijos de la Iglesia el corazón de su Madre.

Soy de V. afectísimo amigo,

NULEMA.

## CRÓNICA



UNA de las partes del mundo a cuya evangelización ha consagrado León XIII mayores cuidados, es sin duda ninguna el Asia, sumida por su desdichada suerte, en su mayor parte, en tinieblas de confusión y de ruina.

Los resultados obtenidos por Su Santidad, admirablemente secundado, es cierto, por los Obispos y misioneros católicos de Oriente, sorprenden por sus grandes proporciones.

Así sucede que la población católica, que en 1874 no pasaba en las provincias de la Turquía Asiática de 523.900 fieles, con 1.006 sacerdotes, 401 iglesias, 26 escuelas y unos 1.000 alumnos, se eleva hoy a 943.650 fieles, con 1.740 sacerdotes, 830 iglesias y capillas, 114 escuelas, y cerca de 13.000 alumnos.

De los 523.900 fieles de las indicadas provincias, sólo 33.900 pertenecían al rito latino, con 175 sacerdotes, 26 iglesias y 26 escuelas, de las cuales 20, con la casi totalidad de los alumnos, pertenecían al Patriarcado de Jerusalén. Las otras seis escuelas pertenecían a los obispos de Smirna y de Scio, y tenían escaso número de alumnos.

Los restantes 490.000 fieles se dividían entre los cinco ritos orientales. El rito armenio, que tenía un Patriarca, 5 Arzobispos y 12 Obispos, con 60 sacerdotes, sólo contaba con 18.000 fieles. El griego-melchita, que tenía un Patriarca, 4 Arzobispos y 3 Obispos, contaba con 180 sacerdotes y poco más de 60.000 fieles.

La Comunidad siria tenía también un Patriarca, 4 Arzobispos, 8 Obispos y 101 sacerdotes para 32.000 fieles; la caldea, un Patriarca, 4 Arzobispos, 7 Obispos y 70 sacerdotes, para 30.000 fieles, y la maronita un Patriarca, 4 Arzobispos, 3 Obispos y 500 sacerdotes, para 450.000 fieles.

En realidad, estos Prelados de los ritos orientales eran, como son todavía, aún más que los del rito latino de aquella región, constantes misioneros de la fe católica en los vastos territorios de sus diócesis. La mies era abundante y los obreros eran pocos, dada la situación material de la población católica y la necesidad de trabajar en la cismática.

Por esto, uno de los primeros cuidados de León XIII ha sido aumentar el número de misioneros, singularmente, en lo posible, el de los misioneros de los ritos orientales.

Entre todos los ritos, los misioneros que han obtenido mayor número de conversiones son los de los ritos latino, armenio y griego-melchita. En lo que va de año se han convertido al Catolicismo, ingresando en la Comunidad armenia, comarcas enteras, con un total de individuos superior en número a la cantidad de fieles con que contaban antes no pocas Comunidades.

\*\*\*

Gracias a los constantes esfuerzos del delegado de la Santa Sede en Persia, y a los nobles sentimientos del jefe de aquel Gobierno, la Iglesia se encuentra en aquel Estado en pleno período de progreso.

En 1848 sólo había en Persia 600 fieles, la mayor parte comerciantes europeos residentes en Teherán, con 36 sacerdotes, de los cuales sólo siete eran indígenas.

La semilla fué fructificando poco a poco al principio. En 1864, el número de católicos de Persia se elevaba a 3.400, y se habían fundado algunas escuelas de niños y de niñas, dirigidas éstas por las Hermanas de la Caridad, escuelas que daban hermosos resultados.

Hay que advertir aquí que, como se ha notado en Jerusalén de un modo especialísimo, las escuelas son el mejor medio de difundir las luces de la fe en Oriente.

En estos últimos años todo ha contribuido a que se extendiera en Persia la fe católica. Algunas almas buenas de aquella región han legado al morir grandes recursos para la fundación de escuelas; el Gobierno ha llamado a oficiales austriacos, todos católicos, para la reorganización del ejército; el Delegado Apostólico en Teherán ha podido llevar a aquella capital a algunos Hermanos de la Doctrina



cristiana, y á algunos religiosos de diversas Ordenes, expulsados todos de sus casas en Francia.

¿Qué extraño puede parecer, pues, que en poco tiempo se hayan establecido 34 escuelas, que se hayan abierto al culto 14 iglesias y capillas, que el número de sacerdotes se haya elevado á 94, y que el de fieles se haya quintuplicado y aun más?

Hace poco que las Hermanas de la Caridad pidieron autorización para fundar en Teherán, centro de donde parte todo el movimiento católico, un hospital construido y organizado por completo á la europea. Gracias al desprendimiento de una familia protestante y de varios católicos, han podido llevarse de Europa el personal y los útiles necesarios en médicos y botica. Hoy la fundación de las Hermanas de la Caridad es el orgullo y el asombro de los indígenas, ni más ni menos que de los europeos.

Varias poblaciones de segundo orden han solicitado del Delegado Apostólico que les mande Hermanas que funden, con los recursos que pondrán á su disposición, escuelas y hospitales, y éste se ha dirigido á Europa en demanda de nuevos ángeles de la Caridad.

Estas fundaciones no podrán menos de influir grandemente en la propagación del Catolicismo en aquel Estado.

El ejemplo de aquellas Hermanas es en Teherán una gran predicación.

\*\*\*

Más progresos todavía que en la Turquía asiática y que en Persia, ha hecho el Catolicismo en las Indias, singularmente en este último período en que ha estado al frente de aquel vireinato lord Ripon, católico de gran piedad y vasta doctrina.

Ha fundado en Calcuta un segundo colegio católico, cuya dirección ha confiado á los padres de la insignie Compañía de Jesús, y ha procurado el establecimiento de misiones en muchos pueblos indígenas que no las tenían, y de las conferencias de San Vicente de Paul, de que es miembro, en las grandes ciudades.

En todas partes el misionero católico goza de la protección de las autoridades, y obtiene del poder público auxilio para sus trabajos de propaganda.

Esta parte del Asia es considerada por su fertilidad como el jardín del mundo. Existen en ella 240.555.675 habitantes, de los cuales tiene Inglaterra bajo su poder 151 millones escasos.

En 1850 se dividía este extenso territorio, que casi es igual á la mitad de Europa, en un arzobispado, una prefectura apostólica y 19 vicariatos apostólicos. El arzobispado de Goa contaba con 245.000 fieles y 522 sacerdotes en una población total de 445.500 almas. Pero carecía de escuelas, y los esfuerzos del clero para fundarlas habían permanecido vanos.

Las demás circunscripciones eclesiásticas reunían 1.137.490 almas con 1.464 sacerdotes, 1.975 iglesias, 1.159 escuelas y 55.254 alumnos. De éstas, las que estaban en estado más floreciente eran los vicariatos apostólicos de Verapry, que contaba 310.000 de fieles con 461 sacerdotes, 244 iglesias y capillas, 500 escuelas y muy cerca de 6.000 alumnos; el de Pondichery que contaba 176.000 fieles, con 95 sacerdotes, 330 capillas é iglesias, 67 escuelas y 4.726 alumnos; y el de Mandura que tenía 169.000 fieles con 107 sacerdotes, 638 iglesias y capillas, 58 escuelas y más de 6.000 alumnos.

En algunos vicariatos no había por entonces verdaderas iglesias, si bien en casi todos ellos había escuelas que si en Madras y en Bengala no pasaban de siete, en cambio en Mengalore ascendían á setenta con unos 10.000 discípulos.

Carecemos desde 1850 acá de una verdadera estadística de la población católica de las Indias; pero reuniendo los datos comunicados á diversas publicaciones periódicas por los vicariatos apostólicos de dicha región, resulta que en todos ellos se ha triplicado y aun cuadruplicado el número de fieles, singularmente en los tres vicariatos de Bengala que casi tienen ellos solos tantos católicos como en 1850 todas las Indias, y en Bombay donde los establecimientos de enseñanza de las diversas órdenes religiosas están dando maravillosos resultados.

Desde entonces acá se han hecho nuevas divisiones y clasificaciones eclesiásticas, se ha multiplicado el número de misioneros y los medios de propaganda.

\*\*\*

Otra de las partes del Asia en que son no menos evidentes los progresos del Catolicismo, es el Tongkin, la evangelización de una de cuyas partes está

confiada á misioneros españoles de la esclarecida orden de Santo Domingo.

El Tongkin se halla dividido en cuatro vicariatos apostólicos, de los cuales el del Este contaba en 1850 67.000 fieles, con 48 misioneros que con gran celo y diligencia trabajaban por ver de levantar escuelas é iglesias. El del Sur se hallaba en estado más floreciente, pues contaba para 72.000 fieles con 67 misioneros, y tenía 138 iglesias y capillas con 28 escuelas.

El vicariato apostólico del Oeste tenía 155.000 fieles con 121 sacerdotes, 560 iglesias y capillas, 503 escuelas y 5.310 alumnos, y el del Norte 142.000 fieles con 41 misioneros, 300 iglesias y capillas, y varias escuelas con 2.500 alumnos.

No se han publicado datos estadísticos sobre los progresos del Catolicismo en el Tongkin; pero de las comunicaciones de los vicarios apostólicos á la Propaganda Fide y al procurador de la Orden de Santo Domingo en esta Corte, resulta que si no ha aumentado mucho el número de obreros apostólicos, en cambio se ha triplicado desde entonces el número de fieles, se han construido gran número de iglesias, de las cuales algunas son hermosísimas, se han abierto nuevas escuelas y hospitales y se ha acrecentado considerablemente el número de jóvenes que frecuentan los establecimientos de enseñanza dirigidos por los misioneros.

Actualmente las torpezas del Gobierno de la República francesa han puesto en peligro los progresos del Catolicismo en el Tongkin.

Durante largos años ha estado amenazando á los indígenas con la guerra, y en diversas ocasiones ha dado golpes de mano apoderándose de algunos puntos de importancia. Los indígenas han confundido, en ocasiones, en un mismo odio á los misioneros y á los franceses, puesto que unos y otros son europeos, y los ministros del Señor han necesitado de toda su prudencia para no ver perdido en un día el fruto de tantos y tantos años de constantes esfuerzos.

Todavía la tormenta no está conjurada ni muchísimo menos; pero puede esperarse con confianza en que por la misericordia de Dios la prudencia de los misioneros podrá más que las torpezas del Gobierno de la República francesa.

\*\*\*

Imposible es, por falta de datos, estudiar igualmente en todas las naciones de Asia los progresos del Catolicismo. Las autoridades eclesiásticas de aquellas regiones hablan todas de los progresos del Catolicismo en los territorios confiados á sus cuidados apostólicos; pero sólo algunas de estas autoridades dan datos estadísticos como los que hemos consignado en esta Crónica.

El Catolicismo en Asia cuenta con 6 Patriarcas, 26 Arzobispos, 51 Obispos, 3 delegados apostólicos, 61 vicarios apostólicos, 6 prefectos apostólicos, y 12.870.243 fieles, según los datos más recientes y aproximados. Hace veinte años el número de fieles no pasaba ciertamente de ocho millones.

La Corea es hasta aquí con el Afghanistan la nación en que ha hecho menos progresos el Catolicismo en estos últimos años. Ocho mil fieles contaba en 1863 la Iglesia de Corea con 9 sacerdotes, y 13.000 cuenta ahora con 16 misioneros, de los cuales unos andan perpetuamente escondidos y otros se hallan presos y han sufrido crueles martirios por la fe.

Mons. Ridet, jefe de aquella misión, se halla en Europa reponiéndose de una gravísima enfermedad que contrajo durante su larguísimo cautiverio en la capital de Corea, donde vivió no poco tiempo en la cárcel pública, confundido con los criminales sentenciados á las más duras penas.

La guerra de los ingleses en el Afghanistan y la influencia que ahora el virey de las Indias ejerce en aquel estado, han facilitado de algún modo la acción de los misioneros que en Cabul y en Candahar han abierto algunas escuelas y tienen ya dos capillas.

Los misioneros del Afghanistan pertenecen todos á las congregaciones inglesas que envían misioneros á las Indias.

D. ISERN.

## LA MUJER DE NAVARRA

(Continuación.)



VANDANDO el tiempo, aunque todavía en época indeterminada, los euskaldunas se vieron acosados por los celtas, raza hiperborea, que entró en España por los Pirineos occidentales, y siguió por las estribaciones de esta cordillera, remontando el Ebro por Aragón y la Rioja.

Para mí, es indudable que los celtas lograron apoderarse de alguna parte del territorio euskaro pirenaico, como lo prueban los monumentos, evidentemente druidicos, que se han descubierto en nuestros días en la llanada de Alava, unos cerca de Vitoria, y otros más allá de Salvatierra. Los celtas, unidos á los iberos de la derecha del Ebro, formaron el pueblo celtibérico, que se extendió por casi toda la Península, no logrando dominar la *Euskal-erría*, ó tierra propiamente vascongada, que conservó su raza sin mezcla de los invasores septentrionales. Lo mismo fué sucesivamente aconteciendo con las avenidas de romanos, godos y africanos.

Pero al tocar este punto, debemos, para evitar confusiones, explicarnos con menos vaguedad. En el territorio vascongado hay una parte, que es la montaña, cuya historia no puede confundirse con la de la llanura. En la montaña, y sobre todo en lo más occidental del Pirineo, subsiste la raza euskara, casi podemos decir, en su primitiva pureza. Las tierras llanas y fronterizas, más accesibles á los extraños, y desprovistas de medios naturales de resistencia, han tenido que sucumbir, por más ó menos tiempo, al yugo de los conquistadores. Así las riberas van recibiendo los cantos rodados y el limo de las inundaciones que las transforma cada día, al paso que los peñascos graníticos de la altura permanecen inmóviles al empuje de los huracanes, al azote de las lluvias y al embate de los siglos.

Las orillas del Ebro fueron en Navarra las primeras en doblar la cerviz á las arremetidas de pueblos extraños, los cuales, siguiendo por lo regular el curso del Arga, llegaban á Pamplona, retrocediendo de allí, para formar el tercer lado del triángulo, por los valles de Araquil y la Burunda, hasta encontrar por la llanada de Alava la base del Ebro.

Tal fué el curso de los celtas, romanos y godos, y tal, poco más ó menos, el de los árabes y africanos. Pero ninguno de estos pueblos pudo establecerse en las montañas que se alzan dentro y fuera de estas zonas de servidumbre, cuyos contornos acabamos de trazar.

Surgen de aquí varias consideraciones, todas importantes al objeto de las presentes líneas.

Es la primera, que estando sujeta una parte de Navarra al yugo enemigo, y la otra no, nunca en aquélla ha debido de ser quieta y pacífica la dominación. Así se explica, por ejemplo, que de muchos Reyes godos tengan que decir los historiadores: *Domuit vascones* (sujeto á los navarros): frase que, repetida en cada reinado, prueba lo contrario de lo que trata de darnos á entender el escritor.

Vivían, pues, los navarros en perpetua lucha con los extranjeros que querían conquistar todo aquel territorio; y esta guerra, prolongada desde los tiempos prehistóricos hasta el fin de la Edad media, ha desenvuelto el carácter altivo, belicoso y fuerte de la mujer navarra. No se concibe tan constante lucha sin un salvaje amor á la independencia, el cual, para ser durable, ha de estar sostenido y fomentado por la influencia femenil. De aquí nace también la laboriosidad de la mujer. «*Cuando el hombre vive familiarmente con el peligro*, dice un escritor, *la mujer tiene que amar el trabajo*».

Despréndese igualmente de las premisas históricas arriba expuestas, que no pueden menos de ser realmente distintas la motañesa y la ribereña de Navarra; la que procede de nuestros indígenas, y aquella cuyos ascendientes se han mezclado con las razas enseñoreadas por algún tiempo de las llanuras. Convinendo ambas en el fondo del carácter nacional, obsérvanse entre ellas notables diferencias y matices, cuyo origen acabamos de indicar.

La motañesa es altiva, constante, trabajadora y alegre, como sus paisanas del Mediodía; pero ni física ni moralmente puede confundirse con ellas. Más ibérica, más vascongada, más primitiva que éstas, conserva toda la dulzura de la mirada, toda la sencillez de la sonrisa, toda la suavidad de los modales de la tribu euskara en que ha nacido. De la tribu, decimos, y no de la raza en general; porque si la motañesa es blanda y apacible, comparada con la de la ribera, es por ventura, la menos dulce de todas las vascongadas. Del vascuence navarro al guipuzcoano, por ejemplo, hay casi la distancia de un dialecto. El primero es duro, elíptico y breve; el segundo, numeroso, eufónico y musical. Pero si la variedad de tribu á tribu es clara, no lo es menos la que existe de los montes á los llanos, dentro de la misma provincia. El valor de la serrana es menos gárrulo, su alegría menos bulliciosa y su figura más femenil. Hacendosas ambas, distínguense por las ocupaciones en que se emplea su actividad: la ribereña cuida principalmente de la casa, y procura hacer mucho en poco tiempo, para que le queden horas de holgura ó de solaz; rara vez sale al campo, como no sea para labores sencillísimas de la escarda



ó de la era: la montañesa, menos fuerte en la apariencia, trabaja más como zagala ó labradora; sus faenas son rudas algunas veces, pero no sale de su paso, es más cachazuda y constante en su laboriosidad.

Tenemos, pues, como impuesta por la historia y la naturaleza, esta división del tipo de la mujer navarra; pero antes de extendernos en la descripción de cada una de estas variedades, hay que señalar otras, comunes á entrambas.

Navarra es uno de los reinos peninsulares en que más se ha dejado sentir esa influencia general europea, predominante en la Edad media, y conocida con el nombre de feudalismo. No han existido en esta monarquía barones feudales propiamente dichos, no se ha conocido el feudalismo de derecho; pero de hecho, familias descendientes de bastardos de sangre real, que obraban como independientes de los Monarcas, superiores á ellos en realidad, aunque humildes vasallos en el nombre, ejercieron por más de un siglo tan funesto influjo, que concluyeron con la autonomía del territorio, cuyas villas y castillos se disputaban. Las casas de Beaumont y de Navarra, cabezas de los tenaces y sangrientos bandos beamontés y agramontés, son incontestables pruebas de ese feudalismo que tenía como asombrado y oscurecido el trono, y concluyó por entregarlo, casi sin resistencia, al de Aragón y Castilla.

Quizá no fué la culpa toda de los señores de la Edad media; quizá había algo de feudal en la organización primitiva, anterior á la fundación del reino pirenaico. La institución patriarcal de señores de Valles, confederados entre sí, y todos juntos con las demás repúblicas vascas, abrigaba tal vez el germen de ese principio, que más tarde había de tomar la forma de bandos. Como quiera que sea, el Señorío de Valles y esas banderías que desaparecieron con la independencia de Navarra, han dejado algunos restos, ó por mejor decir, algunas sombras, en la organización de clases y categorías que hasta nuestros tiempos se ha conocido.

Parécenos, en efecto, que la nobleza navarra era menos expansiva, menos democrática, si nos es permitido hablar así, que la de otras provincias españolas. No lo extrañemos: siendo en Navarra la clase popular más altanera que en Castilla, más altiva tenía también que ser, en proporción, la aristocracia.

La dama navarra vive, poco más ó menos, como vivían las españolas en los siglos XVI y XVII. Sin dejar de ser nunca señora de su casa, mujer de gobierno, ni despilfarradora, ni mezquina, sino celosa del orden, y en todo caso, picando más de económica que de pródiga, es hidalga, poco comunicativa con las señoras de la clase media, y más dada al trato de las mujeres del pueblo. Pero sin afectación de ninguna especie, sin alarde de tiesura y desdén, su sociedad se circunscribe naturalmente á las familias de su misma categoría, condenándose muchas veces á la soledad, en que no viven, por cierto, ni su marido ni sus hijos, pues el orgullo aristocrático parece encerrado en el corazón de la mujer.

La dama navarra solía tener, y aun procura conservar todavía, puesto fijo en el templo, que si no siempre puede ser la capilla ó el altar erigidos por sus antepasados, es la antigua sepultura, en cuya lápida se conserva todavía, de relieve, el escudo de armas de la casa. La dama navarra, ora habite en las ciudades, ora en la aldea, viste con elegancia, no teniendo que envidiar en esto á las madrileñas: hecho que se explica por la proximidad de Francia y la frecuencia de comunicaciones que existe entre ambos países.

Este aire aristocrático es también, para el atento observador, la primera impresión que deja una ciudad navarra. Suele advertirlo el forastero en Pamplona, y resalta asimismo en Tudela, Corella, Viana y otras poblaciones no invadidas aún por la industria niveladora. Las gentes pasan y se van modificando todos los días; pero las piedras suelen durar más que los hombres. En todos estos puntos va desapareciendo la distinción ó separación de clases: la dama noble se humaniza, la de la clase media se eleva; ambas compran telas en una misma tienda y encargan los vestidos á una misma modista; pero las diferencias arquitectónicas son más tenaces y no se borran con tanta facilidad; y aunque hoy acontece que en antiguos palacios viven los descendientes de los agotes y siervos del terruño, como la fachada de sillería no se ha modificado, como aún campean en ella los enormes escudos de piedra, los vitores tallados y dorados, y aquellos gigantes balcones de hierro con maderas ricamente ensabladas, y como *il tempo dipinge* en las antiguas piedras, como en los antiguos cuadros, dándoles ese misterioso barniz de la edad que todo lo entona y armoniza, resulta que la vejez ha embellecido los edificios, y que el contraste mismo de lo nuevo con lo viejo hace resaltar con todo vigor en pueblos menos su-

jetos á mudanzas, ese aspecto de Edad media, digno fondo del retrato de la dama navarra, tradicionalista de raza y de misión, que vive en esas poblaciones como en su centro, haciéndose respetar aún más por su porte y sus virtudes.

Hemos dicho que en Navarra han existido clases sociales que en cierta manera estaban organizadas. Esta organización era debida á la ley municipal, que ha desaparecido en nuestros días. Sabido es que la designación de personas para cargos concejiles se hacía por medio de la insaculación, esto es, á la suerte. Había familias insaculadas sólo para Alcaldes, y eran de la mayor nobleza, ó de probada hidalguía; otras, clasificadas é insaculadas para Regidores, sirviendo el resto de Alguaciles. De una clase á otra no se podía ascender sin pruebas. Cuando en Navarra se decía de una familia: «*Siempre han estado insaculados de Alcaldes*», esta expresión equivalía á una ejecutoria de nobleza. Título para aspirar á ella era poder decir: «*Jamás en nuestra familia ha habido Alguaciles: siempre hemos sido Regidores.*»

Los insaculados en la primera clase preferían para sus enlaces individuos de su misma categoría; pero no era desdoro contraer vínculos de parentesco con personas de la segunda, al paso que ambas hacían todo lo posible para no empañar el lustre de su sangre uniéndose á la ínfima.

De esta distinción, separación y organización de familias, que se verificaba á la sombra de la ley, resultaban, como puede inferirse, no pocas dificultades en los matrimonios, dificultades que se reflejaban en las costumbres.

En efecto, tanto por esta causa como por otras de que aún tenemos que hablar, los padres de Navarra intervenían más que en otras partes en el casamiento de sus hijas; y aunque la ley municipal ha cambiado con el arreglo de los fueros, y la provincia se rige en este y otros puntos como las demás de la península, todavía la intervención paterna en los casamientos sigue inalterable.

Cosa singular y fenómeno curiosísimo, digno de estudio. La mujer navarra, tanto de la aristocracia como de las clases inferiores, es apasionada y vehemente por extremo, lo mismo en los valles pirenaicos que en los sotos y verjeles del Ebro. Quizá el rasgo dominante de su fisonomía, hablando en general, es la viveza de sus ojos grandes, negros, rasgados, de intensa mirada, profunda y avasalladora: la energía de sus facciones está indicando también fisiológicamente la de su alma. Pocas naturalezas hay más accesibles al entusiasmo, pocas de más enérgicas y bruscas resoluciones; en sus alegrías patrióticas es una loca, y en sus grandes pesares una espartana; y sin embargo, circunscribiéndose á las clases superiores, porque la inferior forma capítulo aparte, los matrimonios por amor suelen ser menos frecuentes que en otras provincias: en Navarra abundan los enlaces por conveniencia. Pero aquí entra la parte más digna de fijar la atención del filósofo y moralista: en pocas partes los matrimonios de las clases regularmente acomodadas son más felices, producen mejores resultados.

¿En qué consiste este fenómeno?

En varias causas, cuya explicación, aunque muy propia de la materia que traemos entre manos, sería demasiado prolija para las dimensiones trazadas al presente artículo. Apuntaremos nada más que las meramente indispensables para formar idea de la manera de ser de las mujeres de Navarra.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

(Se concluirá.)

## EL ESTÍO

RENACIMIENTO DE LOS INSECTOS

(Continuación.)



Los descubrimientos incesantes de nuevas especies han obligado á repartir muchas veces los géneros primeramente creados en otros varios que vayan siendo algo menos comprensivos. La mariposa que vuela por todo lo alto, encima de la *Vanessa Io*, tocando con las alas el ramillete terminal, ha sido separada de sus compañeras las *Pierides*, y hoy se llama, conservando la alusión á la blancura de las alas, *Leuconea crataegi*, con lo cual se denota, al mismo tiempo que tiene su habitación en el espiño albar. Demuestra esto que la unidad del género es puramente artificial, como todas las demás de orden superior que hemos enumerado; y á veces resultan tan inexactas en su calificación, que la *Phalaena* de cuerpo grueso y fuertes alas que vemos bajar por el ángulo superior de la izquierda, fué clasificada por Linneo, á causa de su conformación, entre las mariposas noc-

turnas, por más que esté volando en toda la fuerza del día.

Los lepidópteros en estado de mariposa son tan inofensivos como dañinas han sido sus larvas. La mayoría liba con una larga trompa el azucarado jugo de las flores; otras se contentan con el dulzor de la savia extravasada de los árboles; y las hay, por fin, que pasean sus nítidos colores por inmundos estercoleros, como las desdichadas jóvenes que arrastran su hermosura en el cieno de los vicios. Algunas hay que carecen de medios de tomar alimentos, y viven bastantes días sostenidas por la primer sustancia de la crisálida, si se las mantiene encerradas en solitaria celda; pero dueñas de su libertad, entréganse sin reserva á las delicias del amor, y mueren prontamente, como Psiquis, abrasadas por su llama devoradora.

Los antiguos encontraban en las mariposas una alegoría de la existencia del hombre, arrastrándose por la tierra penosamente en busca del alimento, como la larva; encerrado luego en caja funeraria con apretadas envolturas, como la crisálida, y al fin volando á la región empírea, como la mariposa, cuyo nombre en griego era lo mismo que el del alma, *psiche*. Para no olvidarlo, se ha guardado como calificación específica de un lepidóptero del género *Satyrus*, representado por la mariposa que vuela por entre las dos orugas geométricas, con las alas adornadas de varios ojuelos por debajo. La leyenda del Ave-Fénix, tan galana como doctamente expuesta por uno de los directores de *La Academia*, no tiene, en mi sentir, otro origen que las transformaciones de las orugas y las mariposas.

Apartemos ya la vista del aire, poblado de ellas, y bajémosla á la tierra, donde nos ofrecerán más activa y variada escena los numerosos y lucientes coleópteros, ó sea insectos alados con estuches. Se distinguen sus individuos por tener las dos alas superiores, llamadas *elictas*, en forma de conchas coriáceas, sirviendo para el vuelo exclusivamente las inferiores, que debajo de las primeras guardan replegadas durante el reposo. Todos tienen la boca provista de mandíbulas para masticar los alimentos, y pasan por metamorfosis muy análogas á las de los lepidópteros, teniendo sus larvas mayor agilidad y piel más consistente. A este orden muy natural, indicado con su nombre por Aristóteles en su *Libro de los animales*, pertenecen los escarabajos de diversas clases, y el vulgo suele llamar así á todos los coleópteros.

Dejad tranquila á aquella *Cetonia* que al lado de la araña está inmóvil sostenida por unas flores: no se alimenta sino de la sustancia de los pétalos, ya innecesarios para la vida de la planta. Tampoco causa perjuicio el gran *Lucanus cervus*, que con sus enormes mandíbulas, semejantes á la cornamenta de un ciervo, sube por el tronco de la izquierda para regalarse golosamente con las gomas resudadas sobre la corteza, ó con cualquier otra sustancia dulce colocada á su alcance. Ya se encargarán de darle caza los muchachos para divertirse, atándole un hilo. No es mucho más dañoso el *Cerambyx* de larguísima antenas y cuerpo no menos largo, que sobre delgada ramita corre por la parte de la derecha como haciendo simetría al Lucano del lado opuesto; pero sus larvas, regalado comestible en ciertos países del hemisferio austral, roen los troncos hasta el corazón y con el serrín que sacan hacen una cáscara para pasar dentro de ella el período de ninfa, al abrigo de algún hueco de la corteza.

Temible calamidad para los arbolados es el grueso abejorro de cuernecillos terminados en peine y que está subiendo por una hoja más arriba de la *Pieris* y debajo de la *Cetonia*. En estado perfecto devora las hojas de los árboles, y en el de larva destruye las raíces de cuanto encuentra, cereales, legumbres, forrajes y frutales. En su nombre científico, *Melolontha vulgaris*, se conserva el que le da Aristóteles cuando nos hace saber que este insecto, de pesado vuelo y monótono zumbido, servía de entretenimiento á los niños de entonces en Grecia, lo mismo que á los de ahora en Francia.

Ciertamente no quedara vegetal á vida, si tan activos destructores no tuvieran numerosos y fuertes enemigos, cuyas luchas encarnizadas y mortales son más interesantes y efectivas que las fingidas de Sicaorón y Mirnuca, cantadas por Villaviciosa.

El *Carabus auratus*, de metálicos reflejos, que con las antenas echadas atrás corre por el suelo dirigiéndose hacia la espesura de la izquierda, es animal que no se alimenta sino de presa viva; y si encuentra un abejorro, se lanza sobre él como una pantera, le rasga el vientre, le saca los intestinos y les devora sin dejar de perseguir á su pobre víctima, cuyas entrañas van dejando huella sangrienta de su huída.

Como los cárabos son tigres y leones en el mundo entomológico, hay gatos y raposos cuyo oficio



es atrapar insectos diminutos. La *Coccinella septem maculata*,

A quien por su fiera tan extraña  
Vacas de San Antón las llama España.  
VILLAVICIOSA.

da incesante caza a los pulgones; y para buscarlos, no para causar daño, se ha encaramado a la punta de la hoja, por debajo de la cetonia y un poco más arriba del abejorro.

Otros coleópteros, lo mismo que los buitres y los chacales, prefieren la carne muerta. Si el ratoncillo del primer término quedara sin vida sobre el suelo, no tardaría en acudir a él con algunos compañeros el *Necrophorus vespillo* ó escarabajo sepulturero, que entre el cábralo y la escolopendra marcha hacia la derecha, con los elitros algo más cortos que el abdomen. Sus fuertes patas delanteras, ensanchadas como azadones, servirán para hacer un hoyo bajo el cadáver y cubrirlo después con la tierra excavada. Aquél es para ellos almacén de comestibles y lugar excelente donde puedan depositar sus huevos, con segura manutención de las larvas; medio admirable que con otros muchos emplea la naturaleza para sanear los campos y los bosques.

También acude a los cadáveres, pero más en busca de gusanillos que de carne corrompida, el *Staphylinus oleus*, hoy *Ocypus vulgaris*, coriácea postura, con sus cortísimos elitros, la cabeza alzada, extendidas las patas y arqueado el abdomen, se ve más a la derecha del necróforo. Esa actitud indica recelo causado por algún ruido extraño, tal vez por la salida del agua del gran *Hidrophilus piceus*, que en el rincón de la derecha está tendido boca arriba al borde mismo de una charca. Es una hembra que extiende sus patas traseras en busca de una hoja para ponerla encima del vientre y pegar en ella sus huevos, bien resguardados con una materia gomosa, confiándolos después al agua, como la cuna de Moisés. Dentro de ella vivirán las larvas, terror de otras larvas acuáticas y de los caracolillos, y fértiles en curiosas estratagemas para escapar de sus enemigos. El estado de ninfa lo pasan en la tierra seca dentro de un hoyo, y después de su última metamorfosis, vuelven al agua a comer indistintamente yerbas ó insectos.

La industria no saca partido todavía de los coleópteros en la misma escala que de los lepidópteros. Ciertamente es que al igual de las azuladas mariposas americanas, por virtud de la moda colocadas en los sombreros de señoras, se emplean gran número de escarabajillos exóticos en pendientes, botonaduras y otros adornos; pero no puede compararse con la utilidad de los gusanos de seda el provecho que la medicina encuentra en las cantáridas. En su lugar, como más económica, aunque menos enérgica, suelen coger algunos drogueros la *Meloe violacea* de cortos elitros, que va trepando por un poco más arriba del hidrófilo, agarrada a una ramita espinosa. No se dirige a atacar la crisálida de encima, porque en su estado perfecto se alimenta de vegetales; mas en el de larva proporciona muy curiosa figura de lo que en nuestra sociedad son los *gorristas*. Apenas el gusanillo ha salido a luz, busca modo de agarrarse a los pelos de algún insecto melífico, y le acompaña hasta que pone sus huevos. Entonces se deja caer en la celdilla preparada por el industrioso animalito, y quedándose allí encerrada, empieza por devorar el huevo del legítimo inquilino y después se nutre con la miel labrada para otro nuevo caso del *Sic vos non vobis* de Virgilio.

Los insectos

De hermoso tornasol y terciopelo.

VILLAVICIOSA.

cuya propiedad usurpan astutamente los meloides, forman parte del orden de los *himenópteros*, intermedio de su organización entre los dos en que nos hemos ocupado. Estos insectos, de metamorfosis completa, deben el nombre a sus cuatro alas *membranosas*; en estado perfecto se alimentan del néctar de las flores; pero sus larvas lo hacen de tan variadas como singulares maneras. Para las suyas destilan las abejas en exagonales celdillas de cera la sabrosa miel que la industria agrícola recoge. La voluminosa avispa, *Vespa erabro*, cuyo alto vuelo la ha llevado por entre las mariposas encima de la licena, no labra sus panales de cera, sino de una especie de cartón, trabajado con materias vegetales entre sus mandíbulas. Sociable como las avispas es el moscardón, *Bombus*, que desciende volando por debajo de la Vanesa; pero menos hábil, se limita a practicar agujeros para sus larvas en una masa melosa consistente, extendida dentro de algún agujero natural bastante espacioso.

(Se concluirá.)

## LA ARQUITECTURA EN EL TEMPLO CATÓLICO

EL PÚLPITO

I

*Docete omnes gentes.*



UMPLIENDO el precepto que el Salvador impuso a su Iglesia, representada por los doce Apóstoles, su doctrina fué y es difundida del uno al otro extremo del mundo por medio de la palabra, y por tanto, es evidente que la predicación debe ocupar un lugar preferente en las ceremonias del culto; y si la manera de hacerse ha recibido diversas formas, desde los primeros tiempos cristianos hasta los presentes, esto ha exigido, como consecuencia, diversos medios materiales para llevarla a cabo.

Guillermo Durand, Obispo de Mende (siglo XIII), en su *Racional*<sup>1</sup> expresa que «el pupitre ó atril (es decir, el púlpito) colocado en una iglesia, es la vida de los hombres perfectos y se le llama así para significar de alguna manera su colocación en un sitio público y expuesto a las miradas de todos. En efecto, leen estas palabras en los *Paralipómenos*: «Salomón hizo una tribuna de bronce, la colocó en medio del templo, y puesto sobre ella y extendiendo la mano, hablaba al pueblo de Dios.» «Esdras hizo también una grada de madera para hablar desde ella, y cuando subía quedaba elevado sobre todo el pueblo... Se da también a este pupitre el nombre de *analogium*, porque allí se lee y se anuncia la palabra de Dios... Se le llama también *ambón*, de *ambire*, rodear, porque rodea como con una cintura al que le ocupa.»

En un principio los Obispos dirigían la palabra al pueblo, para iniciarle y fortificarle en los misterios de la fe, desde su silla ó sede pontifical (*cathedra*), signo de la supremacía de los Prelados, por lo cual este lugar se conservaba siempre, aunque estableciéndose en los templos ciertas tribunas, destinadas a ser ocupadas por el Preste encargado de la predicación, elevándose sobre sus oyentes para poder ser oído mejor.

Tales tribunas recibieron diferentes nombres, y llámanse *Ambones*, *Analogios*, *Tribunales*, *Púlpitos* ó *Jubes*, semejantes muebles, «embellecidos por el arte y enriquecidos por la munificencia de Principes y Prelados, ocupaban sitios muy preferentes en el templo católico, y andando los tiempos, experimentaban muy notables modificaciones, así respecto del fin útil a que primitivamente habían respondido, como de sus formas artísticas»<sup>2</sup>.

La silla más antigua es la de San Pedro, expuesta en el ábside de la Basílica del Vaticano, cuya forma es la de las sillas curules de los romanos. Nótese también en las Catacumbas asientos tallados en la roca, que no son otra cosa sino las sedes episcopales; y en algunas piedras tumulares se ha hallado representado un Obispo en actitud de dirigir la palabra al pueblo, sentado en una de dichas sillas.

Proclamado en el imperio romano el Cristianismo, conservóse el uso litúrgico de la sede en el fondo del ábside, elevada un peldaño sobre las demás situadas en el hemiciclo para los sacerdotes; ordinariamente eran de mármol, y muchas procedían de las termas, donde las había en abundancia. Después se elevaron sobre mayor número de peldaños, llamándose *gradate*, y habíales también *velata*, es decir, con cortinas que se cree se corrían, por respeto, cuando el Obispo no asistía. También se ha encontrado en una representación antigua de la *cathedra*, que su respaldo estaba ya coronado con una paloma dentro de un nimbo, representándose así la asistencia del Espíritu Santo.

Las sedes episcopales se decoraban con ornatos simbólicos; como por ejemplo: con dos cabezas de león, símbolo de la fuerza y la vigilancia, virtudes esenciales de un Obispo; ó con dos cabezas de perro, símbolo también de vigilancia y fidelidad. También las hay ornadas con cruces, imágenes de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, etc.

El *ambón*, palabra que probablemente se deriva de la palabra griega *αναβαίνειν*, subir, porque se subía a él por algunos peldaños, ó tal vez de *ambire*, rodear, pues que rodea al que le ocupa, ha recibido también los nombres de *βήμα*, *πύργος*, *pulpitum*, *suggestus*, *auditorium*, *ostensorium*, *tribunal* y otros. No se puede establecer una regla fija sobre su forma, el lugar que ocupaban y cuántos había en cada iglesia, pues todo esto era muy variable en las antiguas basílicas. Colocáronse al principio ante el altar, después al lado del arco triunfal, y siempre entre el santuario y la nave, ya en el centro, ya en un costado,

y á veces uno á cada lado, encontrándose en ocasiones hasta tres, uno para la lectura de la Epístola, otro para la del Evangelio y el tercero para las profecías y otros libros del Antiguo Testamento.

Estaban flanqueados de escalinatas, sirviendo la del oriente para subir y la otra para bajar; y entre la variedad de formas que han obtenido, los había que constaban de tres tribunas distintas. Según Sarnelli, en la más elevada, coronada de un atril ó pupitre donde se colocaba el libro, se leía el Evangelio por el diácono, el cual tenía la cara vuelta al público; también allí se promulgaban los edictos, órdenes y censuras del Obispo, se recitaban los dípticos de los vivos y los muertos, se anunciaban los ayunos, vigiliás y fiestas, se leían las cartas eclesiásticas, las actas de los mártires, y hacían su profesión de fe los conversos; finalmente, desde esta tribuna más elevada los diáconos y los sacerdotes dirigían sus instrucciones al pueblo, es decir, predicaban.

En otra tribuna menos elevada que la anterior, el subdiácono, de cara al altar, leía la Epístola, y en la tercera, clérigos de inferior categoría leían otras partes de la Escritura.

En la prolongación de los ambones, hacia la nave, había unas puntas de hierro para recibir los cirios destinados al alumbrado en los oficios nocturnos (*nocturnae convocationes*), que también servían para sostener el cirio del Evangelio antes de establecerse el uso de los ciriales.

La decoración de los ambones consistía frecuentemente en mosaicos ó bajos relieves, que figuraban diversos símbolos cristianos; y los había contruidos de ricas maderas, nácares y marfiles, y decorados de oro y plata.

El uso de estos muebles se generalizó en toda la Iglesia occidental hasta el siglo VII de la Era cristiana; pero es de notar que San Isidoro no los menciona en sus *Etimologías*.

Los *Analogios* estaban destinados desde los primeros tiempos del Cristianismo á la lectura de las Escrituras y de los dípticos, ya episcopales, ya de los vivos ó de los muertos, y llamáronse también *Legitoria* y *Lectra*. Sirvieron después para las predicaciones, y tan general se hizo esta aplicación, que llegó á ser exclusiva en tiempo del mencionado San Isidoro. Finalmente, alteradas las primitivas costumbres litúrgicas, se ha dado este nombre á los atriles portátiles destinados al canto del Evangelio y la Epístola.

A mediados del siglo V ya se consideraba al *Tribunal* ó *Tribuna*, como digna cátedra de la divina predicación, y se cree que fuera una especie de púlpito movable (*pulpitum mobile*), análogo en sus fines á los *ambones* y *analogios*.

El *jube* tenía también el mismo objeto, y consistía en una tribuna elevada, colocada en la parte baja del coro, entre éste y los fieles, llegando luego á convertirse en una especie de galería elevada que separa la parte superior de la nave de la inferior del coro. En las abadías de Occidente, los *jubes* servían de cerramiento anterior al coro de los religiosos y solían contener tres puertas. Hallábanse en ellos dos escaleras, una al lado de la Epístola y otra al del Evangelio; pero la galería superior era una sola que corría, como una tribuna, de uno al otro lado de la nave.

Para la lectura de las Escrituras y el canto de los Salmos, destinóse también, en las citadas edades, el PÚLPITO, llamado así, según San Isidoro, porque «colocado en él el lector ó el salmista, puede ser visto en público por el pueblo, donde sea más libre y fácilmente oído;» y desde un principio fué cuidada y ricamente decorado; haciéndose de madera cubierta á veces con láminas de plata cincelada é incrustaciones de oro; por lo cual no sólo llamaban vivamente la atención de los fieles, sino que proclamaban el importante ministerio á que estaban destinados.

En resumen, y por lo que respecta á los primeros tiempos del Cristianismo, el *púlpito* se dedicaba á la lectura de los libros sagrados y al canto de los salmos; el *tribunal* servía de cátedra para la moral cristiana, y el *analogio* estaba dedicado á la predicación. Pero las transformaciones sucesivas de la liturgia, dieron al *púlpito* más universal aplicación y á ello contribuyó en mucho la necesidad de la predicación para combatir la herejía (siglo XIII), que dió nacimiento á la *Orden de predicadores*, los cuales, no siéndoles dado ascender al *analogio* de los Obispos, ni al *tribunal* de los mayores de las parroquias, subían al *púlpito* de los lectores, recibiendo así este mueble un nuevo carácter que le aseguró la mayor estabilidad entre los objetos del mueblaje sagrado, y llegando á fijarse en determinado lugar del templo, y aun á constituir parte integrante de su arquitectura.

Hicieron, pues, desde el siglo XIII, con tornavoz, y se construyeron, no sólo de maderas labradas ó

<sup>1</sup> Cap. I, par. XXXIII.

<sup>2</sup> D. José Amador de los Ríos, en un artículo del *Museo español de antigüedades*, tom. III.





LOS PÁJAROS SEDIENTOS Y LOS RIEGOS DEL ESTIO. — DIBUJO DEL SR. GIACOMELLI.

Ayuntamiento de Madrid

no, ayuntamiento de Madrid  
que no tiene el agua  
de un cinco céntimos  
diminutos al año.



chapeadas de metales preciosos, sino de hierro, piedra, mármoles y estucos, subordinándose su estilo al del edificio y época en que se construían.

Entonces los pulpitos venían á formar á modo de un balcón saliente á lo interior del templo, con un nicho en el muro, al que se subía por una escalera frecuentemente practicada en el espesor de la construcción, lo cual se ve aún en muchos refectorios de conventos, donde tenía por objeto la colocación del lector. Pulpitos de piedra y formando parte de la construcción, halláanse también al aire libre en claustros y patios, puesto que las predicaciones de esta manera eran frecuentes en la Edad media; y también los hay móviles para poder ser situados donde más convenga. Finalmente, han existido de forma alargada, de modo que el predicador podía pasearse sobre ellos.

Las iglesias italianas conservan pulpitos de los siglos XIII y XIV; son de piedra, mármol ó bronce. El de la catedral de Siena (siglo XIII, con la escalera del XIV) es muy bello, y en San Marcos de Venecia están contruidos con mármoles preciosos, pórfido y jaspe.

E. M. REPULLÉS Y VARGAS.

Arquitecto

(Se continuará.)

## JULIO

**E**n tiempo de los Césares ninguna ciudad, entre todas las de la Campania, era más risueña ni más hermosa que Pompeya. Asentada en una roca y bañada por un mar de encantadoras riberas, dominaba el gracioso paisaje que desde Parthenope se extiende hasta el Mediterráneo; las quintas, los jardines y los templos formaban á sus pies una serie de fascinadoras y grandiosas vistas, cubiertas con una brillante y dorada atmósfera; la ciudad misma, rodeada de muros ciclópeos, atravesada por anchas calles con losas de mármol, no presentaba nada que no fuese hermoso, espléndido y creado para recrear la vista. Las fuentes corrían en las extremidades de las calles; los templos consagrados á Isis, la diosa de los misterios, á Júpiter, á Mercurio, á Venus, á la Fortuna, lucían en las plazas sus blancas columnatas, sobre las cuales aparentaban vivir muchas estatuas; el Forum hubiera parecido más majestuoso que el Forum romano, si la belleza de los adornos pudiera compensar la grandeza de los recuerdos; el teatro, inmenso y magnífico, abría sus puertas á los habitantes de toda la Campania, y las casas de los más insignificantes participaban del lujo general por el número de frescos y la delicadeza de las esculturas con que se hallaban decoradas. Era, en fin, una mansión deliciosa.

Aun hoy día se encuentran bajo las cenizas vestigios de aquellas antiguas magnificencias: véanse tazas de fuentes, donde hace diez y ocho siglos no corre el agua; paredes de templos que al cabo de tantos años descubren las imposturas de los Pontífices; las gradas del teatro desiertas; las elegantes habitaciones que al parecer aguantan á sus dueños; y esculpidas en la ceniza que las ha sofocado, se encuentran las imágenes de estos dueños, sorprendidos en medio de la vida y rodeados de libros, de alhajas y de los objetos que les fueron familiares... Tal es en el día Pompeya, la ciudad de las sombras, donde los vivos se asustan de verse.

Era la ciudad de los placeres y de los goces. Sin embargo, una amenaza eterna pesaba sobre su cabeza; por el horizonte el Vesubio esparcía sus raudales de negro humo, velo de luto tendido sobre aquella alegre costa. Pero en este siniestro aviso los paganos hallaban nuevos motivos de júbilo, y la imagen de la muerte estimulaba su contento: «Ríamonos, decían, bebamos, coronémonos de rosas, y mañana moriremos;» al paso que los cristianos, á la vista del volcán amenazador, se desprendían mejor de la vida pasajera, disponiéndose para la festividad eterna. «Gocemos hoy, porque mañana moriremos,» decían aquéllos. «Lo que se acaba nada vale, decían los otros: no queremos sino lo que nunca muere.»

Estos cristianos, poco numerosos entonces, preciosos granos de trigo escogidos por el Padre celestial para preparar la futura cosecha, habían sido evangelizados por el Apóstol de los gentiles, el gran Pablo, cuando desembarcado en Puzoli enseñó la Buena Nueva á los pueblos de la Sicilia y de la Campania.

Algunas de estas familias, recientemente nacidas para Jesucristo, habían tenido la gloria de pagar el tributo de sangre á la persecución de Nerón, y entre estos primeros mártires, ignorados de los hombres y conocidos de los ángeles, hallábase un caba-

llero noble y rico, descendiente de una antigua familia de la gran Grecia, cuyas magníficas posesiones, campos sembrados de trigo, viñedos, bosques de olivares y grandiosas quintas se extendían al pie del Vesubio y hacia lo largo de la orilla del mar. En Roma y en Pompeya tenía magníficas casas; y estas riquezas que en sus manos no eran sino el patrimonio de los pobres, habían atraído las envidiosas miradas de un liberto de Nerón.

Cuando arrebatado por un frenesí de artista, el hijo de Agripina puso fuego á la ciudad imperial, fué preciso hallar culpables para calmar la cólera de la plebe, y los cristianos fueron los designados. Los jardines de Nerón sirvieron de lugar de suplicio, y el magnánimo emperador presentó á la muchedumbre un espectáculo digno de ella; hombres cubiertos con pieles de fieras fueron entregados á perros devoradores; otros, untados con pez y con resina, servían de antorchas, y á la luz de estas teas vivas veía y admiraba el pueblo á Nerón, que guiaba con inimitable gracia su carro y sus rápidos caballos por las onduladas calles de los jardines.

Neo Máximo, el rico propietario de Campania, fué una de estas antorchas, á quien el liberto de Nerón, Sopidio, había entregado á la crueldad del César; y por premio de este servicio recibió gran parte de los bienes del culpable, entre otros la casa de Pompeya. Ya en tiempo de las proscripciones de Sila, la hermosa quinta de Alba ¿no había llevado á su dueño á morir bajo el hacha del lictor?...

El mártir dejaba un hijo muy joven todavía: la cristiandad naciente de Pompeya lo recogió, lo educó; y á falta de herencia, Julio recibió por lo menos todo el legado de la fe, esa fe por la cual había dado su padre la vida; y desde su adolescencia se dedicó al servicio de Dios y á la predicación de la divina palabra. Acababa de ser elevado á la clase de diácono, y por medio del retiro y de la oración se disponía á llegar al supremo grado del sacerdocio.

Julio no había salido de Pompeya. Ignorado de todos, y hasta del enemigo de su padre, Sopidio, vivía en la humilde casa de un anciano, que, como los Apóstoles, se mantenía con su barca y con sus redes; y ambos cristianos, el anciano y el joven, pobres en medio de aquella ciudad opulenta, penitentes en la mansión de los placeres, y despreciados por la muchedumbre de los dichosos, vivían en paz, guardando la hora en que los llamase el divino Juez.

No tardó esta hora en llegar.

Por la carta de Plinio el Joven son conocidos los pormenores de aquella noche, que fué para todo un pueblo noche eterna. Una nube inmensa apareció en el horizonte; tenía la forma de un pino gigantesco, y se la veía ya blanca, ya negruzca. El nivel del mar bajó de repente, como si una fuerza irresistible hubiera comprimido las olas, y de los lados de la nube caída hacia la tierra salió ceniza ardiendo, muchas piedras calcinadas y guijarros enrojecidos con la violencia del fuego. En el mismo instante el Vesubio vomitó torrentes de llamas, las únicas que alumbraban las profundas tinieblas de aquella horrorosa noche.

Los habitantes de Pompeya, despiertos y sobresaltados con los sacudimientos de la tierra y con los siniestros ruidos que salían del volcán, trataron de huir... mas por todas partes hallaban la muerte bajo sus pasos. El suelo se medio abría y amenazaba tragarlos; los edificios bamboleándose se desplomaban sobre sus cabezas; torbellinos de ceniza ardiendo y de lava líquida los sofocaban; y los que habiendo llegado sanos y salvos á la orilla, esperaban hallar un asilo á bordo de las galeras y de las barcas, veían el mar agitado por una horrible tormenta y echando sobre sus márgenes los restos de los naufragios que había tragado después de tantos siglos. No se oían sino dolorosos gritos y confusos gemidos, y parecía haberse llegado ya á aquella noche terrible que verá estremecerse las columnas de los cielos y anunciará á los mortales la ruina del universo.

Julio estaba en vela haciendo oración; el primer sacudimiento del temblor de tierra lo distrajo de la contemplación, y despertó á su anciano amigo. Ambos salieron de la cabaña estremecida, y á la luz de las llamas del Vesubio vieron la mar que se retiraba, blanqueando de espuma como el caballo que ha tascado el freno: la tierra estaba cubierta de tinieblas, pero en lo alto se veía el torbellino que esparcía la ceniza incandescente.

—Tú puedes huir, padre mío, dijo Julio cogiendo la mano del pescador. Huye hacia el promontorio de Misenio; el camino está aún expedito.

—¿Y tú, hijo mío?

—Yo voy á Pompeya, contestó Julio.

—La muerte está en Pompeya; mira la ciudad que se bambolea como un bebedor, y la lluvia de ceniza nos oculta la techumbre de sus edificios.

—Es preciso, exclamó el joven tomando precipitadamente el camino de la ciudad condenada. Voy á socorrer á Sopidio... sé que está enfermo, impedido, y solo no podrá salvarse... Voy corriendo á ayudarle... Ruega, padre mío, ruega por mí.

Estas últimas palabras no llegaron á oídos del anciano, el cual en vano trató de seguir á su joven amigo... Los sacudimientos de la tierra y la caída de las piedras calcinadas detuvieron sus trémulos pasos. Se encaminó hacia una gruta que conocía en la ribera, y fiel al precepto de la caridad, recibió allí á muchos fugitivos.

Mientras tanto, Julio trepaba con seguro y ligero paso por una escarpada senda; entraba en la ciudad, y á la rojiza luz de las llamas presenciaba el horrible espectáculo de un pueblo sorprendido en su sueño ó en sus festividades por la muerte y por la justicia de Dios. El huir era casi imposible: las cenizas y las piedras volcánicas cerraban las salidas; aprisionados en sus casas como en inaccesibles cárceles, los infelices condenados aguardaban con desesperación una muerte lenta y horrorosa. Unos hacían inútiles esfuerzos; otros, graves y silenciosos, se cubrían el rostro para morir con decencia; y aun había quienes, profesando hasta en la muerte los preceptos de Epicuro, procuraban ahogar en el vino los horrores de la agonía. La casa de Sopidio estaba desierta: esclavos, libertos, parásitos, todos habían huido; y Julio, al atravesar la cisterna, oyó á lo lejos los lamentables clamores del dueño de la casa, que se hallaba abandonado:

—¡Narciso! ¡Diomedes! ¿Dónde estáis? ¿Qué hacéis, viles esclavos? ¡No vendréis á socorrer á vuestro amo! ¡Amigos míos, venid! ¿Dónde estáis?

—Vengo á salvaros ó á morir con vos, dijo Julio entrando en el cuarto y acercándose al lecho de marfil, donde Sopidio, encadenado por la enfermedad, se movía con convulsiones de horror y de cólera.

—Venid, añadió, yo os llevaré.

Y lo levantó en sus vigorosos brazos.

—¿Quién sois? dijo el antiguo liberto, cuya sorpresa dominaba al terror.

—Soy un cristiano, contestó el joven diácono; soy el hijo de Neo Máximo.

—¡De Neo Máximo! dijo Sopidio lleno de espanto. ¡De Neo Máximo! ¡Y eres tú quien me salvas!

—La ley de mi Dios lo quiere así, repuso Julio bajando con pena, agobiado con su carga, las gradas de mármol arrancadas por los fuegos subterráneos.

Atravesaron el triclinio y el vestíbulo, cuyo pavimento de mosaico estaba cubierto con una espesa capa de ceniza que abrasaba los pies del joven. Iban á pasar la puerta que daba á la vía pública, en el momento en que la tierra, temblando bajo sus pasos, dejó caer un lienzo de muralla y cerró completamente la única salida que á su vista tenían. Julio, sin embargo, no se desanimó; cogió un hacha que casualmente estaba en el suelo, y trató de separar los pedazos de piedras amontonados; pero su brazo se cansó sin provecho, y Sopidio lo llamó con una voz dolorosa:

—¡Es preciso morir y morir en estos momentos!

—Dios lo quiere así, contestó con dulzura Julio; hágase su santa voluntad.

—Y tú mueres por mi causa! ¡Mueres en el umbral de la casa paterna que yo te he quitado!

Al pronunciar estas palabras, los ojos de Sopidio expresaron cierta ternura: la desdicha había quebrantado aquel alma forrada de hierro, donde la abnegación de Julio y la divina gracia obraban á la vez.

—Amigo mío, dijo Julio arrodillándose, vamos á morir; pero morir es volver á vivir, y para el cristiano es vivir con una felicidad inefable. ¡Ah! ¡Si quisieras aprovecharte de los momentos que Dios todavía nos concede! ¡Si quisieras renunciar á tus dioses y adorar al mío!

—No creo en mis dioses, dijo Sopidio; no los miro sino como engañosos cuentos; pero confieso que la Divinidad á quien tú sirves es poderosa, pues por ella tu padre supo morir heroicamente, y dices que ella es también la que te ha hecho venir en mi busca, debiendo ser yo para tí una persona aborrecible.

—Sí: mi Dios, el único Dios, el verdadero Dios, es quien obra este prodigio, exclamó Julio; yo debía aborrecerte y te amo; yo debía alegrarme de tu muerte, y me considero dichoso en morir contigo y por tí. Adora al Dios que así subyuga los malos instintos del hombre y santifica sus almas.

—¿Qué sacrificio pide tu Dios?

<sup>1</sup> Se han hallado esqueletos sentados en la mesa delante de una opipara comida; otros, en un estrecho corredor lleno de ceniza, y algunos, en el instante de morir, se habían cubierto el rostro, según el uso de la antigüedad, con el vuelo de sus capas.



— La fe: cree en Él y recibe el agua que lava las almas.

La vista de Sopidio se levantó tranquila hacia el cielo; juntó las manos y dijo:

— Verdadero Dios, yo te adoro, detestando en el fondo de mi alma toda otra falsa creencia: haz que yo viva en tí; y tú, hijo mío, tú que me has perdonado, acaba tu obra, salva mi alma. La ceniza va subiendo... ya no nos queda sino un instante...

¿Qué aconteció allí? Podemos presumirlo hoy que la ceniza y el tiempo, doble velo que cubrió a Pompeya, se han levantado sobre ella y descubierto sus secretos. En la casa de Sopidio, una de las más hermosas de la ciudad, se han encontrado el esqueleto de un anciano acostado y respaldándose contra la taza de una fuente, y junto a él los restos de un joven, cuya mano extendida sobre la frente de su compañero parecía bendecirle y echarle la absolución.

## LA ILUSIÓN

EN UN ÁLBUM

Buscando la dicha, ansiosa  
Blanca paloma, del cielo  
Descendió;  
Y al llegar al hondo valle,  
Sobre un arroyo su vuelo  
Suspendió.

Vió fascinada su imagen  
Allá en el seno escondido  
Del caudal,  
Y creyó que otra paloma  
Dejaba también su nido  
Celestial.

Y en el lenguaje ignorado  
De las aves, la decía:  
«¡Dulce bien!  
Sola cual yo, ¿dónde vuelas?  
Buscas quizá la alegría  
Tú también?»...

Y volaba la paloma,  
Lanzando leves suspiros  
Al pasar  
Casi tocando su imagen  
Que iba siguiendo sus giros  
Sin cesar.

Y ora remontaba el vuelo,  
Pero entonces contemplaba  
Con dolor  
Que su paloma... su imagen  
Se alejaba, se alejaba  
Sin temor.

Y al arroyo bulliciosa  
Una y otra vez volvía,  
¡Siempre allí!  
Y a la imagen, que llegaba,  
Parece que le decía:  
¡Ven tras mí!

Por fin, hacia aquella imagen  
Ciega, con afán ardiente  
Se lanzó;  
Y al buscarla entre las ondas,  
En la revuelta corriente  
¡Pereció!...

MANUEL SÁNCHEZ DE CASTRO.

## LOS GRABADOS

EL BÓSFORO

En estos momentos la atención de Europa se halla fija en las orillas del Bósforo, en que el Sultán de Turquía guarda las llaves de una de las posiciones que el cólera morbo-asiático ha de tratar de invadir en primer término. Hasta ahora el Gobierno otomano sabe conseguir lo que la Comisión internacional de Sanidad de Constantinopla no supo lograr para Egipto: ha alcanzado que no ocurra en las orillas del Bósforo un solo caso de cólera.

Dijo Pedro el Grande, que quien domine en el Bósforo dominará en el mundo entero. Bien puede creerse que si el cólera llega a invadir las orillas del Bósforo, nadie será capaz de evitar que se extienda por toda Europa.

Por esto se comprende que Europa tenga la vista fija en el Bósforo.

LOS PÁJAROS SEDIENTOS Y LOS RIEGOS DEL ESTÍO

Dibujo de Giacomelli.

El magnífico grabado que lleva este título pertenece a la colección de los dibujos de Giacomelli, que en dibujar pájaros y cuadros del campo no tiene rival, y por cuya maestría

se ha granjeado universal reputación en Europa. Representa una bandada de pájaros que, acosados por el rigor de la canícula, se han refugiado en un prado, por el cual pasa la tubería de un caudal de agua, que se sangra por varios lados, enviando a los pobres pajarillos un riego que les llena de consuelo y de regocijo. Los elementos del cuadro no pueden ser más sencillos ni más pocos, y sin embargo, el efecto es tan encantador, que no se cansa uno de mirarlo, sintiendo palpar en él la vida, y percibiendo el aire entre caluroso y húmedo del prado, agostado por el estío y refrescado por las fugas del agua encañada.

Este grabado es compañero de otro que publicamos en la *Primavera*, en que varios pájaros revoloteaban entre la rama de un almendro; aquí se ven los pájaros en el *Estío*, ofreciendo un nuevo aspecto de su vida errante, no más interesante y poético que el primero.

El grabado es digno del dibujo; presenta tan delicados tonos, que el primoroso buril del grabador ha sabido suplir los colores del pintor, interpretando, con un solo color, los abundantes y ricos de la naturaleza.

IMAGEN DE SAN LORENZO EN EL CORO DEL ESCORIAL

El día 10 del corriente se celebra la fiesta de San Lorenzo, cuyo santo nombre va unido a una de las victorias más brillantes de las armas castellanas, la memorable de San Quintín, ganada por Felipe II sobre los franceses en el día de San Lorenzo de 1557. Para perpetuar tan glorioso suceso, fundó el gran Rey el magnífico Monasterio de *San Lorenzo el Real de la Victoria*, clasificado entre las maravillas del mundo.

Todo es admirable en este monumento, en que las artes apuraron sus recursos; pero ya que las *Guías* han vulgarizado las cosas más notables, hemos escogido nosotros para conmemorar la victoria de San Quintín, honrando como su vencedor al Santo bajo cuya protección se obtuvo, una joya de las menos conocidas y tal vez de las más curiosas, cual es la imagen de San Lorenzo que hay en una hornacina sobre la capillita de mármol colocada entre las puertas del antecoro que dan al claustro principal alto, cuya imagen es de mármol, y hoy representa a San Lorenzo, aunque primitivamente fue tronco de una estatua gentilicia. Asegúrase que la trajeron de Roma sin cabeza, sin manos y sin la punta de los pies, cuyos extremos fueron añadidos en España. Fué un regalo que el duque de Lerma, embajador de Roma, envió a Felipe II.

Por esta joya, colocada en lugar tan poco visible, puede calcularse las riquezas que acumuló en el Escorial el gran Felipe II.

## MARÍA DE GOES

(Siglo XVI)

PRIMERA PARTE. — HOLANDA.

V

Doña Ana.



El día siguiente salió el barón de Goës con el doctor Colombo para Harlem, cuyas fortificaciones debía inspeccionar. María se quedó sola, y aun cuando enferma y triste, estuvo recogida en su oratorio. Al anochecer vino Zanna a decirle con misterioso tono: — Señorita, abajo le espera una señora que no quiere hablar sino con usted.

Al oír estas palabras turbóse la joven, porque todo le parecía de funesto presagio; pero de pronto la reanimó una idea: «¡Si será alguna señora de Rynsburgo! ¡Si vendrá a pedirme asilo!»

Bajó aceleradamente la escalera, y entrando en el espacioso salón forrado de badana cordobesa y adornado con retratos antiguos, se halló en presencia de una persona a quien jamás había visto. Era una señora de cincuenta años, de fisonomía dulce y noble, y que traía puesto el austero vestido de las viudas, tal como se usaba especialmente en España. Sus cabellos estaban alzados bajo la cofia negra y dejaban descubierta una frente seria y descolorida; sus formas parecían elegantes, aun con aquel largo vestido negro, y no tenía más adorno que un rosario de perlas orientales sujeto a la cintura, y una cruz de oro que llevaba al pecho.

Estos signos, que revelaban la fe de aquella señora, tranquilizaron a María, aunque no tanto como su dulce mirada.

— Tú, hija mía, no me conoces, dijo: ¿no te han hablado nunca de la condesa de Osorio?

— ¡Mi tía, mi querida tía Ana! exclamó la joven, arrojándose a los brazos que la recibían abiertos.

Durante largo intervalo quedaron abrazadas, guardando silencio, y las lágrimas que por sus mejillas

1 Era el traje blanco y negro con que suelen vestir en España las efígies de la Virgen de la *Soledad*. Lo introdujo la reina doña Juana, llamada la Loca, al quedar viuda de su esposo Felipe I, de cuyas resultas se turbó algo su razón.

corrían, manifestaban que en lo íntimo de sus corazoncillos había más pesar que júbilo.

— Tía, dijo al fin la joven, perdóneme usted que llore yo al verla: es de júbilo y de tristeza... Mas ¡ay! ¿Por qué no se viene usted con nosotros; usted que es hermana de mi padre? ¿Cuánto no ganaríamos con eso!

— Hija querida, tal sería el deseo de mi corazón; pero no he sido escuchada. Mi esposo renunció el mando de los guardias walonas el día que el Emperador Carlos se retiró al monasterio de Yuste; y nos fuimos a vivir a nuestras tierras de Cataluña. Me despedí de mi hermano con sentimiento, pero tenía la esperanza de volver a verlo... Permanecimos en aquel punto hasta que Dios llamó para sí a mi querido esposo, mi señor, con quien hubiera sido yo dichosa en cualquier paraje de la tierra. Pasé en aquel castillo los primeros años de mi viudez; pero cuando mi hijo fué nombrado para un gobierno en los Países Bajos, sentí vivos deseos de volver a ver mi país natal, a mi hermano y a ti, María; y hasta formé proyectos que no debían realizarse. Hice este largo viaje y llegué al Haya cuando aún estabas en la abadía de Rynsburgo.

— ¿Y está usted muy contenta por haber vuelto a nuestra querida Holanda?

— Sí, respondió con melancólica sonrisa la viuda; pues aunque España es una tierra bendita y el país predilecto del sol, mi corazón ha latido cuando en la extremidad de nuestras monótonas llanuras he visto alzarse los campanarios de nuestras ciudades, cuando he visto la amenazadora mar y la muralla de malecones que defiende a nuestro querido país: entonces me he olvidado del Mediterráneo, y el puerto de Barcelona, donde llegan tantos buques, me ha parecido menos hermoso que la playa de Scheveninga y las miserables barcas de los pescadores. Pero mi júbilo no ha sido de gran duración. He vuelto a ver a mi hermano...

— ¡Bien, tía! ¿y qué?

— Nos hemos vuelto a ver después de una ausencia tan larga; pero no lo he hallado el mismo. ¡Ah, hija mía! un abismo nos separa; se ha entregado completamente a los herejes, y el dolor y las reconversiones de su hermana le han ofendido... Nos hemos separado, y dudo con indecible pena si algún día nos volveremos a ver.

El sentido de estas palabras penetró en el corazón de la joven, pero cogiendo la mano de la tía, le dijo:

— Espero aún, sí, espero en la misericordia de Dios. ¿Por qué hemos de poner límites a su bondad?

— ¡Ah, infeliz niña! Tu padre ha abjurado ayer...

— Lo sé.

— ¡Y tú también, María!

— ¡Yo! ¡Yo soy y moriré católica!

— Pero estás prometida en matrimonio a un secretario, ¡inocente paloma! has sido entregada y vendida. ¿Cuánto más halagüeñas eran mis ideas al venir a Holanda! Esperaba hallar un hermano y llevarme una hija para mí y una esposa para mi Gonzalo... Esperaba no regresar sola a la hermosa España... Dios lo ha querido de otro modo... Entre tanto, María... si alguna vez crees que tu salvación corre peligro en estos países infestados con el veneno de los calvinistas; si alguna vez tienes que huir de la casa de tu padre, acuérdate que tienes a tu disposición otra casa materna.

María, que atentamente había estado escuchando, besó la mano de la viuda y le contestó:

— Dios la ayude a usted, tía Ana, y la bendiga por sus buenos propósitos para conmigo; pero estoy resuelta a no dejar a mi padre... Los errores con que se ha contaminado no rompen los vínculos de la obediencia filial; y mientras yo pueda, permaneceré a su lado obedeciéndole y rogando siempre por él... ¿No me ha de oír Dios?

— ¿Y Herberto de Bagelar?

— Tía, contestó la joven con tranquila sonrisa, voy a comunicarle a usted un secreto: mi primo Herberto no ha abjurado; y si, con el favor de Dios, no abjura, mi mano será el premio de su fidelidad.

— ¿Y podrás tú, hija, resistir a las amenazas y a los sofismas?

— Dios me ayudará; quiero ir al cielo llevándome conmigo a mi padre y al que me está destinado por esposo... este es mi propósito, y acaso para esto he sido criada...

— Tú, María, eres joven de grande ánimo, contestó doña Ana: Dios sea contigo en estos calamitosos tiempos; pero ¿volveré yo a verte? En ausencia de tu padre me he atrevido a venir; mas en adelante no pisaré el umbral de esta casa: la herejía me ha echado de ella.

— Nos uniremos en Dios, tía; pídale usted por mí y por mi padre.

Se dieron un abrazo, y la condesa de Osorio se retiró triste y desconsolada.



## VI

## El Complot.

A los pocos días de aquella breve y secreta entrevista volvió al Haya el barón de Goës, acompañado de Herberto, y los demás jefes de la liga protestante acudieron también a esta ciudad, donde acababa de venir el príncipe de Orange.

Contaba ya seis años la guerra entre las provincias de los Países Bajos, muy amantes de su independencia, y Felipe II, rey de España. Dos poderosos aguijones estimulaban el ardor de los partidos: el odio de raza y la diferencia de religión. A los irritados ojos de los belgas y de los bávtos, la España entera parecía estar personificada en el duque de Alba, con su orgulloso y despótico carácter, y en la soldadesca, ávida de saqueo que consigo llevaba. Perdió, pues, la causa que debía ganar, y en favor de la que inútilmente combatieron Requesens y el ilustre don Juan de Austria. La pericia, el valor y hasta las victorias de éstos fueron impotentes para volver a someter a la Holanda a la bandera española. Por otra parte, hubo un hombre a quien la independencia de su país sirvió de escala para su propia ambición; un hombre que tenía ciertas cualidades de héroe y de ciudadano, pero que con la apostasía manchó su genio y su fama: este hombre era Guillermo, príncipe de Orange, apellidado en la historia *el Taciturno*. Había éste abjurado el Catolicismo, y reunidos al rededor suyo a todos los partidarios de la nueva religión y de la antigua libertad: funesta alianza que confundía el mal con el bien, los más vergonzosos excesos con los derechos más sagrados. Al renunciar a la Religión que colocar en los altares a uno de sus antepasados<sup>1</sup>, había cedido Guillermo a las ambiciosas sugestiones y al deseo de reinar, aunque conservó siempre un secreto amor a la fe que había abandonado, y varias veces manifestó a los sectarios que lo rodeaban y que le eran indispensables, el justo desprecio que sus actos le inspiraban.

En 1572 se preparaba el príncipe de Orange a volver a empezar la guerra, y cualesquiera que fuesen sus sentimientos, se veía en la precisión de dejar a sus aliados completa libertad en su odio contra el Catolicismo. Como perros hambrientos, los *mendigos* de mar, los *mendigos* de tierra y las tropas del feroz conde Lumay, a quien llamaban el *jabalí de las Ardenas*, se precipitaron sobre las iglesias y sobre los monasterios, cuyos despojos apenas bastaban para satisfacer su insaciable ambición. Viéronse entonces renovarse en Holanda los horrores que en 1566 habían afligido a los Países-Bajos; los vasos sagrados fueron el botín de la soldadesca; las tierras y posesiones de las abadías se distribuyeron en recompensa a los nobles y a los grandes, y las pasiones vergonzosas y sangrientas pusieron su sello en la frente del Caín de la Reforma. Fué sacrificado el honor de las vírgenes, corrió en los suplicios la sangre de los mártires, y, lo diremos, aunque es un martirio horrible sólo el pensarlo, el cuerpo del Salvador, sacado del copón, fué dado en pastos a la voracidad de los animales. Hé aquí lo que el calvinismo hizo en Holanda.

Sólo dos ciudades habían conservado la libertad religiosa, Amsterdam y Middelburgo: en las demás, las iglesias católicas, que por acaso se habían librado de la profanación y de las llamas, no estaban abiertas; algunas veces, antes de amanecer, solía un sacerdote decir Misa y confesar a los fieles, exponiéndose, tanto el pastor como la grey, a los suplicios y a la muerte. A estas secretas reuniones, que recordaban la Iglesia de las Catacumbas, iba María de Goës a reanimar sus fuerzas y su valor, pues necesitaba luz y fuerza, porque según la expresión de Job, *su alma se hastiaba de la vida*, y se refugiaba en el seno de su Dios para librarse del terror de lo que veía y de lo que continuamente estaba oyendo.

El padre no pensaba sino en la guerra, y autorizado con la confianza de Guillermo, reunía a cada momento en su casa a los oficiales, cuyo cuartel general estaba en El Haya. María hubiera querido evitar estas reuniones; pero el padre la obligaba a que se presentara, a lo menos en la comida, y a que hiciera los honores a los convidados. Obedecía la joven; pero las blasfemias y los aplausos con que se oían referir los actos sacrílegos daban a estas reuniones un carácter horrible y repugnante para un alma tan fiel. Empeñábase, pues, en no oír y en recogerse en lo íntimo de su corazón. No obstante, cierto día, un nombre pronunciado con énfasis le hizo levantar la cabeza y prestar silenciosa atención.

El que estaba hablando era un hombre de som-

brío y degradado aspecto. Reconoció ella aquel semblante amoratado, aquellos ojos feroces, aquella frente pequeña, aquella boca que tenía alguna semejanza con la del animal inundo: era el conde de Lumay, el jabalí de las Ardenas<sup>2</sup>.

— Yo arrancaré el corazón de ese sacerdote, decía levantando su gran vaso lleno de vino; sí, esta noche marchó, y mañana Cornelio Musio bailará en la punta de una cuerda... ¡Verán ustedes si soy hombre de palabra!

¡Cornelio Musio! Este nombre traía a la memoria de María el más vivo y más tierno recuerdo de su vida. Este santo sacerdote, cuya virtud y talentos poéticos eran respetados en toda Holanda, la había preparado en otro tiempo para la primera comunión, cuando predicaba los sermones de cuaresma en la abadía de Rynsburgo. Parecía ver aún su venerable rostro, oír su voz trémula cuando hablaba de Jesucristo; ¡y era este el que iba a ser entregado al jabalí sediento de la sangre de los santos!

— ¿Ha lavado ya sus manos la gente de usted en la impura sangre de esos sacerdotes llamados *frailes menores*?<sup>3</sup> dijo con su estrepitosa voz el doctor Colombo. Positivamente esta es una obra agradable, un sacrificio de buen olor: tiempo es ya que perezca esa raza y que sus cenizas sean arrojadas al Tofet.

— Sí, contestó, diez y nueve de esos miserables han pasado por las manos de mis jabalíes; pero me falta Musio. Es el sacerdote más intrépido y de mayor prestigio entre la imbecil muchedumbre... Morirá, y sabré hacerle paladar la muerte.

— Me parece, dijo con voz tímida Herberto, que el príncipe de Orange se opondría a esas violencias.

— El príncipe de Orange conserva todavía en el corazón la antigua levadura, y quiere ser tolerante y misericordioso; pero como nos necesita...

— No los perdonemos, dijo Colombo. ¿No mató Moisés con la espada al egipcio? ¿Perdonaron acaso los hijos de Aarón a sus propios hermanos?

— El conde de Lumay los imitará, dijo uno de los concurrentes que estaba algo bebido; ha llevado el incensario, mas ahora llevará el cuchillo. ¿Pues qué, no es uno de los levitas del capítulo de Lieja?

Lumay contestó a este sarcasmo con una feroz mirada: levantóse en seguida, y apurando su vaso, dijo:

— Voy a tomar el caballo: hasta la vista, señores.

— El infeliz P. Musio va a pasar por un horroroso trance, dijo con triste tono Herberto. ¿Necesita de estos crímenes la causa que defendemos?

— Silencio, joven, exclamó Colombo; ¡pretende usted juzgar a los escogidos del Señor; a los Fineas que ciñen la espada, a los Macabeos que defienden las tiendas de Israel!

Herberto no contestó nada; pero sus ojos se encontraron con los de María, y al observar la palidez de la joven y la expresión de horror que en su vista se hallaba pintada, comprendió cómo podía hacerse amar de la que tanto amaba. Levantáronse de la mesa, y María, según la costumbre, se retiró a su cuarto: iba formando un plan, que aunque no se apoyaba sino en una palabra y en una mirada, contaba ella con que saldría adelante. El príncipe de Orange aborrecía aquellas violencias, y a Herberto le causaban horror. Partiendo de estas dos ideas, trató de salvar a Musio. Sabía que todas las noches iba ocultamente el príncipe de Orange a conferenciar con su padre, y se decidió a esperarlo, a hablarle y a conseguir de él la vida del anciano, cuyo nombre iba unido a los mejores recuerdos de su adolescencia.

## VII

## Guillermo el Taciturno.

Favorecióle el cielo a quien había invocado; porque el barón de Goës tuvo necesidad de salir al anochecer para un asunto importante, y el príncipe vino solo como de costumbre.

María lo estaba esperando y lo hizo entrar en el gran salón, alumbrado con una araña de cuatro mecheros, en los que ardían velas de cera.

La débil claridad de la habitación dejaba ver la severa fisonomía del Taciturno, su espaciosa frente surcada con arrugas, sus centelleantes ojos, que hablaban cuando sus labios yacían en silencio, su grande y comprimida boca; su tez morena y su elevada é imponente estatura.

<sup>1</sup> Guillermo de La Marek, conde de Lumay, primero canónigo de Lieja, y después uno de los principales calvinistas de los Países-Bajos, se hizo notar por su sanguinario fanatismo: por su causa perecieron en medio de atroces tormentos los diez y nueve mártires de Gorkum y Cornelio Musio, santo sacerdote y poeta distinguido. Aquel malvado murió de la mordedura de un perro rabioso.

<sup>2</sup> Los frailes franciscanos llamados de la observancia, a diferencia de los franciscanos conventuales.

Saludó con cortesía a la joven, y viendo que ésta deseaba hablarle, se quedó callado.

— Señor, dijo prontamente María, el conde de Lumay ha salido anoche para Delft, y en la mesa de casa, en presencia mía, ha revelado su proyecto, que consiste en apoderarse del P. Cornelio Musio y hacerle morir en medio de los tormentos, como ha hecho con los diez y nueve sacerdotes de Gorkum. ¿Lo permitiréis, señor?

El príncipe se puso pálido; su severa frente se había arrugado, y estuvo paseándose algunos momentos por el cuarto.

— Señor, añadió María, el tiempo urge: ¿dejaréis perecer tan injustamente a ese santo sacerdote? Tiene el honor de que lo conozcáis; ¿no lo salvaréis?

Guillermo se acercó a María.

— ¿Cree usted, le dijo lleno de tristeza, cree usted, señorita, que yo mando a esos hombres sanguinarios? Son instrumentos de la grande obra, y los empleo tales como los encuentro.

El corazón de María latía con fuerza, pero se atrevió a continuar hablando.

— Ilustre príncipe, dijo, la sangre de los amigos de Dios manchará la obra que acometéis, y caerá sobre los que la han derramado. Perdonad mi atrevimiento; pero acordaos de que en Gante, en ocasión análoga, doblasteis las rodillas ante los crueles magistrados de aquella ciudad para conseguir de ellos la vida y la libertad del Obispo de Iprés y de varias nobles señoras católicas<sup>1</sup>! El mismo corazón generoso late ahora en vuestro pecho: no sacrificuéis al servidor de Dios en manos de ese miserable que lo persigue...

— Es usted elocuente, dijo el príncipe, y me atrevo a decirle que sus sentimientos tienen eco en mi corazón. Conozco y aprecio a Musio y no puedo olvidar que mis tías Ana y Carlota de Nasau, viven en la casa de que él es director<sup>2</sup>; por otra parte, no quiero conceder demasiada libertad a ese lobo feroz de Lumay, voy a escribirle; ¿se encarga usted de remitir mi carta?

— Sí, señor, contestó besándole la mano, aquella mano que iba a salvar al santo anciano.

Guillermo escribió precipitadamente unos cuantos renglones, que entregó a María, diciéndole:

— Ruegue usted por mí, señorita, y si vuelve a ver a Musio, tenga la bondad de decirle que no me olvide para con Dios, a fin de apartar de mí la sinistra profecía que me ha hecho<sup>3</sup>.

No dijo más palabra, y se despidió con un saludo de la señorita de Goës. Quiso ésta darle las gracias, pero él se puso un dedo en los labios, saliendo de pronto. Hubiera creído la joven que todo aquello era un sueño, si la esquila que tenía en las manos no la hubiese confirmado en la realidad de aquella breve entrevista. Hizo la señal de la cruz, dando en su corazón gracias a Dios, y al punto escribió los siguientes renglones, dirigidos a su primo Herberto:

«Si usted da algún valor a mi estimación y afecto, salga al punto para Delft, sin perder un instante, y entregando la adjunta esquila al conde de Lumay, salvará la vida de un venerable anciano y adquirirá derecho a la bendición divina y al eterno reconocimiento de — MARÍA.»

Zanna llevó al momento la carta a su destino.

## VIII

## Musio.

A los tres días regresó Herberto. Halló a su prima en el gran salón, rodeada de las jóvenes que estaban a su servicio. Levantóse ésta ansiosa de oír sus nuevas y le preguntó con confianza:

— ¿Se ha salvado?

— Ha muerto, contestó el joven bajando la cabeza. Llegué, por desgracia, demasiado tarde.

María se cubrió la frente con ambas manos y derramó copiosas lágrimas: Herberto no pudo contener las suyas; por primera vez se encontraban unidos en un mismo sentimiento, y era éste el de un amargo dolor. Al cabo dijo él:

— Prima, cumpliendo la orden de usted, fui lo más pronto posible, y aunque tanto el caballo como el caballero cumplieron su deber, era ya tarde. Musio estaba en manos del hombre que quería quitarle la vida. El conde de Lumay se apoderó de él en las puertas del Haya, llevándolo hasta Lieja por caminos cubiertos de nieve. Habiendo llegado Musio a este punto, fué puesto en prisión con otros infelices tan inocentes como él. Exhortábalos a la paciencia,

<sup>1</sup> Histórico.

<sup>2</sup> Las tías del príncipe de Orange habitaban en Delft en el convento de Santa Inés, dirigido por el P. Cornelio Musio.

<sup>3</sup> Musio pronosticó a Guillermo el Taciturno la desastrosa muerte con que Dios le había de castigar en pena de su apostasía.



y al siguiente día fué cruelmente atormentado en presencia de Lumay durante muchas horas.... He visto su sangre que salpicó las paredes de su calabozo.... Esta sangre, María, clamaba contra los herejes y contra los apóstatas.

— ¡Acabe usted!

— Musio se quedó solo con sus verdugos.... Ignorase lo que allí aconteció; pero á lo lejos se oían dolorosos gritos, mezclados con súplicas que dirigía á Dios. A media noche lo sacaron de aquel edificio; sus piés dejaban sangrienta huella en la nieve, y lo ahorcaron como habían hecho con los sacerdotes de Gorkum, que fueron sus precursores en aquel terrible camino. He visto su cuerpo destrozado y desnudo, recibiendo todavía insultos por parte de la soldadesca; pero en el último día resucitará brillante de gloria. ¡Oh santo mártir! ¡rogad por el que ha querido salvaros!

Un momento de triste silencio siguió á este diálogo, durante el cual los dos jóvenes se cruzaron algunas miradas de dolor.

Al fin Herberto, que tanto había deseado una ocasión de hablar á María acerca del afecto que ocupaba su corazón, se atrevió á decirle:

— Triste ha sido el resultado de la comisión que usted me ha confiado; pero ya puede usted imaginarse cuanto hubiera dado por complacerla.

— No lo dudo, Herberto.

— Y yo confío en que usted me permite abrigar as esperanzas que son el bello ideal de mi vida...

— ¡Oh! solo Dios sabe en lo que pueden venir á parar esas ilusiones.

— ¡Cómo! ¡Usted las califica de ilusiones! Usted, según eso, ¿no ha abrigado la idea de unir un día su nombre al mío?

— Cierzo que sí; pero eso ahora depende de los sucesos que nos rodean, y sobre todo depende de usted mismo. Yo no uniré nunca mi suerte á la de un infiel á la Religión de Jesucristo.

— ¿Y qué quiere usted que yo haga?

— Resistir y mantenerse firme.

— ¿Resistir? ¿Y á su mismo padre de usted?

— Á mi mismo padre, pidiendo á Dios por él para que lo ilumine.

— Yo no puedo, sin embargo, desertar de mis banderas.

— Siga usted en ellas; pero no deserte tampoco de las de Jesucristo; no le exijo más.

Quiso él continuar hablando y protestar su firme adhesión; pero ella se separó, haciéndole un amistoso ademán y llamándolo con el mismo nombre que en la infancia le daba:

— ¡Adiós, hermano mío!

Este adiós debía ser por largo tiempo, porque Herberto iba á marchar á Zelandia, donde lo enviaba el príncipe de Orange, y el barón de Goës se disponía para tomar el mando de la ciudad de Harlem, amenazada por el ejército de Federico de Toledo.

## IX

### Padre é hija.

La guerra que volvía á encenderse prometía ser terrible, y ni aun los más previsores podían pronos-

ticar su resultado; pues si por una parte España disponía de las riquezas de ambos mundos y de un ejército aguerrido mandado por hábiles generales, por otra, la natural firmeza de los holandeses estaba sostenida por la desesperación; porque más temían los males que habían de resultarles de someterse, que todos los trabajos de la resistencia. Peleaban, además, en su propio terreno, y hasta la naturaleza parecía haberles formado aquel último baluarte y postrar asilo, rodeando su país con las olas del Océano, al cual apenas pueden contener los diques. Una sola palabra, una orden, un hachazo, bastan para que la mar recobre lo que se le ha quitado y sumerja entre sus olas á vencedores y vencidos.

Las ideas que pueden surgir de una lucha desigual y de dudoso éxito, habían preocupado largo tiempo al padre de María, el cual estaba resuelto á no exponer á la hija á los peligros que él iba á arrostrar; pero María se hallaba decidida á no separarse del padre.

— No, le dijo suplicándole; no podré vivir lejos de usted: mi puesto es á su lado; el honor, la seguridad y el cariño me llaman á un tiempo. Por otra parte, ¿dónde me dejará usted? ¿en la abadía de Rynsburgo? Acaba de ser profanada, sus bienes se han distribuido entre los nobles de los Estados, y las más de las religiosas han buscado asilo en la diócesis de Lieja. Dicen que ha muerto la venerable abadesa. Esta era mi casa materna y ya no existe: ¿me echará usted de la suya, padre mío?

— Hija mía, grandes peligros me aguardan en Harlem, ¿puedo exponerte á ellos?

— Estaré á su lado y los arrostraré; mientras que, si me deja sola en el Haya, tendré que sufrir los peligros de usted y los míos. Tenga usted en cuenta que en un país atacado por un ejército enemigo, en una ciudad que no es plaza de armas, yo, por ser hija de usted, corría grandísimo riesgo. Pero en Harlem me protegerá usted; su nombre y su valor me defenderán, y si fuere preciso morir, moriremos juntos.

— ¿Según eso, me amas todavía? dijo el barón enternecido. ¿Todavía amas á tu padre, aunque no sirva á Dios como tú lo sirves?

— Lo amo á usted, contestó abrazándolo cariñosamente, tanto como debo y como Dios quiere; después de él ocupa usted mi corazón, y permítame que le diga, padre mío, lo que Ruth decía á Noemi: *El paraje donde murieres me verá sepultada.* ¡No me abandone usted! permítame que lo acompañe á Harlem.

El padre parecía hallarse indeciso, y sus párpados estaban humedecidos con lágrimas mal reprimidas.

— ¡Padre mío, añadió con instancia, no nos separemos! Si hay que sufrir, yo seré paciente: si es preciso morir, seré animosa; pero en nombre del cielo, ¡no me deje usted sola lejos de sí!

— Vente, contestó, pues así lo quieres. Dios no consentirá que perezcas ni que los ojos de tu padre te vean sufrir. Vente, hija queridísima. Diez justos hubieran salvado á Sodoma. ¿No defenderá á Harlem un alma como la tuya?

(Se continuará.)

## REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Disposiciones sanitarias contra el cólera.*—La aparición del cólera en Egipto ha alarmado á Europa, especialmente á las naciones mediterráneas que se hallan amenazadas mientras el terrible huésped se halle á la vista en las costas de Africa.

El Ministro de la Gobernación, en vista de los telegramas recibidos, reunió el Consejo de Sanidad con objeto de adoptar con tiempo las medidas convenientes y prevenirse antes de que la epidemia esté encima, como ha sucedido otras veces. La experiencia ha enseñado que el cólera es una enfermedad contagiosa por excelencia, y que cuando se cortan relaciones con el país infestado, y el aislamiento es absoluto, la epidemia no llega á los puntos aislados.

No es extraño, pues, que todos los países amenazados piensen en tomar disposiciones en este sentido para librarse de la terrible enfermedad, y enmendar los yerros y los abusos cometidos por naciones como la inglesa, que quebranta los reglamentos sanitarios, y ante sus intereses comerciales no tiene reparo en hacerse la propagadora del mal, como lo es indudablemente en la ocasión presente.

Discutieron ampliamente en el Consejo de Sanidad, con asistencia del Director del ramo y breves momentos del Ministro, los Sres. Méndez Alvaro y vizconde de Campo-Grande, sobre las disposiciones que debían adoptarse; y por fin éste último las formuló, sometiéndolas á la aprobación del Consejo.

La primera disposición de declarar inmediatamente sucias todas las procedencias de Egipto, imponiendo las cuarentenas correspondientes con arreglo á la ley de Sanidad, fué aprobada sin discusión, así como el declarar sospechosas las procedencias de Túnez, Marruecos, Malta, Gibraltar y demás posesiones inglesas.

También fué aprobado sin discusión el girar una visita de inspección médica á los puertos más amenazados del litoral, y prevenir á los Gobernadores, que inmediatamente que tengan noticias de alteración de la salud pública, lo pongan en conocimiento del Gobierno, y cumplan con todo rigor las disposiciones sanitarias, dejando sin efecto las licencias concedidas, y que se hallen en sus puestos todos los empleados del ramo.

La medida propuesta por el Sr. Vizconde de Campo-Grande, de mandar á Egipto un delegado médico, fué impugnada por el Consejero Sr. Puerta, quien, sosteniendo la conveniencia de que España tenga delegados médicos en tiempos normales en Oriente y Occidente, y de una manera permanente, creía que en estos momentos, y como medida de actualidad, era completamente inútil. Puesta á votación, fué desechada esta medida por gran mayoría.

El mismo Sr. Puerta propuso que por la vía diplomática se gestionase cerca del Gobierno otomano, que se cumpla y haga cumplir, especialmente á los ingleses, los reglamentos sanitarios que se acordaron en Constantinopla por todas las naciones, y que en la actualidad han sido quebrantados.

Esta medida fué aprobada por unanimidad, convencido el Consejo de que si hubieran sido cumplidas

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España  
calle del Príncipe, 27, Madrid.

## ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS  
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

# EL AGUA DE SUEZ

Vacuna de la boca, suprime instantáneamente y para siempre los

# DOLORES DE MUELAS

y por consiguiente, la Aurificación y la Extracción.—El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica ó narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura.—La *Opiala anaranjada* de Suez, asegura su blancura sin ningún peligro.—El *Vinagrillo tácteo* de Suez, para el tócador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desmaltarse y caerse.—Dirigirse á M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. Madrid: R. I. Chávarri, almacén de drogas, Atocha, 87.—J. M. Moreno, botica de la Reina Madre ayor, 93.—Manuel R. Hernández, farmacéutico, Mayor, 27 y 29.—Frera, perfumería, Carmen, 1.—Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

## PARA EL CULTO DIVINO

Atriles.	Ciriales.	Diademas.	Navetas.
Candeleros.	Coronas.	Incensarios.	Sacras.
Campanillas.	Cruces.	Lámparas.	Vinageras.

Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel Garcia, Atocha, 45 y 47, Madrid.

## Novísimo Año Cristiano y Santoral Español

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos; es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º

## AL PÚBLICO

Se acaba de recibir un gran surtido de sillas, sillones, sofás, banquetas de piano y recibimiento en el BAZAR DE SILLERÍA DE MADERA ENCORVADA de THONET hermanos, Plaza del Angel, núm. 10, Madrid.

## SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus Oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4.



das disposiciones sanitarias internacionales, no hubiera salido la epidemia de la India, donde está el foco constante, y no habría llegado á Egipto, produciendo las víctimas de que nos da cuenta el telégrafo, en Damietta, Mansurah y Port-Said. Todas las naciones de Europa, de comun acuerdo, deben ayudar á Turquía para obligar á la nación inglesa al cumplimiento de los reglamentos sanitarios.

Por último, el Consejo de Sanidad propuso al Gobierno que pidiera á las Cortes un crédito extraordinario de un millón de pesetas para habilitar nuestros lazaretos y establecer los necesarios, en vista de las tristes noticias que el Director de Sanidad y algún Consejero expusieron acerca del estado lamentable en que se encuentran los dos ó tres lazaretos que tenemos en la Península, insuficientes para prevenir los males, en el caso de que lleguen buques infestados procedentes de Egipto y de las posesiones inglesas.

El Gobierno ha puesto en práctica algunas de estas medidas, y se dispone á ponerlas todas y á tomar pronta y eficazmente cuantas disposiciones reclamen las circunstancias, para que no nos encuentre desprevenidos si tuviéramos la desgracia que el terrible huésped del Ganges visitara la península española.

**Blanqueo de tejidos.**—Para blanquear las fibras de madera y otras de origen vegetal, como el algodón y sus tejidos, se recomienda el procedimiento siguiente: se hace hervir la materia en agua y sinapetrolina núm. 2 (nombre industrial) durante dos á cinco horas. Para cada 5 kilogramos de materia á blanquear se emplean 250 gramos de sinapetrolina núm. 2, disuelta en la cantidad conveniente de agua caliente: se lava el objeto en agua caliente, y después se sumerge en una solución de cloruro de calcio de 0,5 á 3 grados Beaumé, y luego en agua débilmente acidulada con ácido sulfúrico, ó en una mezcla de sinapetrolina y agua, al objeto de neutralizar el cloruro de calcio. De este modo se obtiene un blanqueo muy perfeccionado de los productos de que se trata.

**Fermento de cerveza.**—Se prepara con:

Miel.....	15 partes.
Crémor tártaro.....	3 "
Cebada pulverizada.....	50 "
Agua á 50°.....	150 "

Estos ingredientes se mezclan en un vaso abierto, y se dejan reposar durante algún tiempo: cuando la temperatura haya descendido á 30 grados, ó á las dos ó tres horas de la operación, se tapa hasta que se haya formado la levadura.

**Encerado de las telas.**—Para hacer impermeables y al propio tiempo aumentar la compacidad del tejido de las telas empleadas para almohadones ó acolchados que deban rellenarse de pluma, se revis-



IMAGEN DE SAN LORENZO EN EL CORO DEL ESCORIAL.

te al reverso de la tela con una preparación hecha de

Cera amarilla.....	500 gramos.
Trementina.....	80 "
Pez de Borgoña.....	10 "

cuyos ingredientes se derriten á fuego lento, batiéndolo sin cesar, para su perfecta mezcla, y se vacía en moldes, obteniéndose una especie de cera, con la cual se frota repetidas veces la parte interna del tejido.

**Grabado del cobre con el ácido crómico.**—Se obtiene un grabado profundo y esmerado con el líquido preparado con

Acido sulfúrico 60°.....	350 gramos.
Bromato de potasa.....	150 "
Agua caliente.....	800 "

La plancha que debe grabarse, se recubre con cera, y con un buril se separa toda la que ocupe el dibujo que pretende grabarse, vertiendo encima

la precitada composición, la cual no ofrece el peligro de desprender vapores cúpricos.

#### Jarabe depurativo y anti-herpético.

Raíz de zarzaparrilla.....	2.700 gramos.
Bayas de saúco secas.....	1.350 "
Azúcar de caña.....	1.340 "
Leño guayaco en rasuras.....	675 "
Raíz de quina.....	450 "
Rasuras de sasafra.....	440 "
Folículos de sen.....	100 "
Zumo de borraja.....	100 "
Cantidad suficiente de agua común.	

Con los leños y las raíces se hace un decocto concentrado, infúndense las bayas y el sen, añádase el zumo de borraja, y se hace, con el azúcar prescripto, jarabe por clarificación.

#### Difusión conveniente de la luz eléctrica.

Cuando se contempla una luz cualquiera, puede observarse la mucha que se pierde en iluminar el techo de las habitaciones ó el cielo, si está al aire libre; y en cambio resulta con exceso de luz el piso próximo y oscura la extensión de una calle en el sentido de su longitud, concretándonos al alumbrado público. De aquí que se utilicen las pantallas, reverberos, etcétera, á fin de regularizar la luz hacia el sitio que se necesita.

Ahora bien, conocida la facultad de los lentes, de cambiar la dirección de los rayos luminosos, ya hacía años que se aplicó esta propiedad física en los faros donde es preciso concentrar la luz á larga distancia sobre la superficie de las aguas. La necesidad en las calles es de otra naturaleza, pues si conviene iluminarlas en toda su extensión, también se hace necesario alumbrar la zona que hay debajo del foco, pero con moderación, y al efecto, M. L'Amiral, de París, ha ideado una serie de lentes de forma especial, que, montados en una armadura, proyectan la luz por igual en las calles más estrechas.

El resultado obtenido en los primeros ensayos, nada deja que desear, y en su consecuencia, es de creer que este nuevo adelanto se propague convenientemente. El aparato en cuestión es conocido con el nombre de *luna eléctrica*, porque la luz que proporciona produce en una calle el mismo efecto que si estuviese iluminada de plano por el satélite de la tierra.

**Preservativo del moquillo á los perros.**—Un periódico inglés recomienda que á los perros, desde su destete hasta que lleguen á tener un año, se les dé una vez al mes veinticinco gramos de sulfato de sosa y cuatro gramos de nitró, mezclado con la comida. Por este tratamiento parece que se evita contraigan el moquillo, y caso de padecer la enfermedad, sirve también este método para la curación de la misma.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5

# LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

#### Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid